

POLITICA Y ESPIRITU

N°
135

SUMARIO

NUEVAS INQUIETUDES POR LA DEMOCRACIA.

POLITICA NACIONAL: Los hechos. ¿Entiende el Presidente la democracia? Partidos y plataformas.

POLITICA INTERNACIONAL: Elecciones en Gran Bretaña. Finanzas y política internacional. Alemania no es Austria. En marcha el rearme alemán. ¿Acuerdo para el desarme? La locura de los hombres.

UN MENSAJE DE CONFRATERNIDAD A LOS DEMOCRATAS ARGENTINOS, por *Rafael A. Gumucio*.

LA PERSECUCION RELIGIOSA EN ARGENTINA, por *Alejandro Magnet*.

EL PADRE HURTADO Y EL SOCIAL CRISTIANISMO CHILENO, por *Luis Alberto Sánchez*.

ESTE MUNDO DE HOY: Socialismo, libertad y propaganda. A propósito de "Corresponsal en Washington". El Mariscal Tito y los soviéticos.

LOS LIBROS: "El problema comunista", de *Jaime Castilla*. "Lo que supo un Auditor de Guerra", de *Leonidas Bravo*.

AÑO
XI

4009

1.º de JUNIO de 1955

EDICIONES DEL PACIFICO

LA HISTORIA Y LA POLITICA

- La batalla de Mupic, por el General Francisco Javier Diaz (2ª Ed.) \$ 200
- Voces de la política, el pulpido y la calle, por Ricardo Bótzard (2ª Edición) \$ 150
- Una experiencia social cristiana, por Alejandro Silva Bascuñán \$ 200
- La Fronda Aristocrática, por Alberto Edwards (1ª Ed.) \$ 350
- Geografía Electoral de Chile, por Ricardo González \$ 200
- Nuestros Vecinos Justiciables, por Alejandro Magnés (1ª Edición) \$ 350
- Edición Popular (9ª) \$ 150
- Entre la Libertad y el Miedo, por Germán Aránguiz (1ª Ed.) \$ 500
- La Gran Estafa, por Eudoro Ravera (3ª Edición) \$ 250
- De Lenin a Malenkov, por Jalkin Gorkin \$ 350
- La Organización Política de Chile, por Alberto Edwards \$ 300
- Lo que supo un Audilio de Guerra, por Leonidas Bravo \$ 300
- Corresponsal en Washington, por Juan Dabian \$ 400

COESTIONES ECONOMICAS Y SOCIALES

- Seguridad Social Chilena, por Francisco A. Boin \$ 200
- La Inflación (Naturaleza y problemática), por Aníbal Pinto, Jaime Barros, Felipe Herrera, Sergio Molina, Alis Noll, Pedro Trujillo, Eloy Yver \$ 250
- Chilismo de Comprensión Social y Control de la Reserva Nacional, por Carlos Pizarro \$ 250
- Una Nueva Dependencia de Chile, por Aníbal Pinto \$ 250
- Anteriores sobre el desarrollo de la economía chilena 1925-1935, por Comisión Económica para América Latina (C.E.P.A.L.) \$ 350

EL PENSAMIENTO ACTUAL

- La Política y el Espiritu, por Eduardo Fier (2ª Edición) \$ 250
- A Traves del Marxismo, por Julio Silva \$ 300
- Los Cambios, la Política y el Dinero, por Pierre Henri Simon \$ 150
- Socialismo y Formas de una Política, por Gerardo Fier \$ 200
- Introducción a la Teoría Social, por Gerardo Fier \$ 250

VIDAS

- Páginas de un diario, por Lily Illiguer \$ 400
- Matte, por \$ 400
- Stalin, por Alejandro Vicuña \$ 400
- El Padre Hurtado, por Alejandro Magnés (2ª Edición) \$ 460
- Hava de la Torre y el APRA, por Luis Alberto Sánchez \$ 500

NOVELA — CUENTO ENSAYO

- Los Santos van al Infierno, por Gilbert Cesbron (5ª Ed.) \$ 250
- Papeluchos, por Marcela Poz (3ª Edic.) \$ 220
- Caramelos de Luz, por Marcela Paz \$ 220
- Indonesia, por Tihon Mendé \$ 400
- La Antártica Chilena, por Oscar Pinochet de la Barra (3ª Edición) \$ 350
- Chilean Sovereignty in Antarctica, por Oscar Pinochet de la Barra (en inglés) \$ 240
- Comunismo y Religión, por R. Dutoy, Deibel, R. Ronquette, F. Carrell \$ 260
- El problema comunista, por Juan Castro \$ 250

COLECCION DE AUTORES CHILENOS

- I. Ensayos, por José Toribio Medina \$ 250
- II. Bajo la Bandera, por Daniel Bascuñán \$ 220
- III. Manuel Calvo, el Shestak Holmes chileno, por Alberto Edwards \$ 250
- IV. Tradiciones referencias, por Manuel Concha \$ 250
- V. Camarín del Jazmín y sus mejores cuentos, por Oscar Castro \$ 250
- VI. Sewell, por Berta Castro (2ª Ed.) \$ 250
- VII. Esas Niñas Ugeux, por Waldo Oyarza \$ 300
- VIII. Llampe de Sangre, por Oscar Castro (2ª Edición) \$ 250

COLECCION EL UMBRAL

- I. Mirando al Occidente, por Guillermo Llanos (2ª Ed.) \$ 200
- II. María y el Mar, por María Elena Álvarez \$ 200
- III. Viento en la Bahía, por Ricardo Valenzuela \$ 200
- IV. Los días ocultos, por Luis Oyarza \$ 200

PRESENCIA DEL PASADO

- I. Diario de un día, por Alicia, en Chile en

- 1822, por María Graham (2ª Ed.) \$ 400
- II. Recuerdos de la Escuela, por Augusto Oyarza Lucó \$ 250
- III. Cuidados en Calificación, por Enrique Bruner \$ 250
- IV. Memorias, por Lord Thomas Galkrone \$ 400
- V. Ideas y Confesiones de Portales, por Raúl Silva Castro \$ 300

POESIA — PINTURA

- Antología de Pedro Prado, por Raúl Silva Castro \$ 250
- Historia de la Pintura Chilena, por Antonio R. Tomasa \$ 400
- Camilo Mori, por Andrés R. Romera \$ 350
- Obras Selectas de Gabriela Mistral, Vol. VI, Lagar \$ 400
- Vol. II, Desolación \$ 400
- Antología Poesía de Oscar Castro, por Herman Poblete (2ª Edición) \$ 300

STUDIUM

- Historia de la Antropología, por Diego Tomasa y Julio Delgado Edición especial \$ 400
- Historia reciente \$ 260
- Dignita en la Unión, por Fernando Calvo \$ 200

COLECCION SINTESIS

- I. Breve Estado sobre el Teatro Francés Contemporáneo, por Francisco Walter Leones \$ 250
- II. La rebelión de Chile, por Tihon Mendé \$ 250
- III. Cuidados Psicológicos de Chile, por Alicia Mastror \$ 250

COLECCION ESTUDIOS SOCIALES

- I. Avances Científicos y Revolucionarios, Modelos, por Arce, Manuel Lavandero \$ 100
- II. El pensamiento social de Sebastián José Gallo \$ 150
- III. Código Social de Alalay \$ 100
- IV. El estudio psíquico del Mundo Moderno, por Elena Álvarez Lavandero \$ 50
- V. Hacia un Mundo Comunitario, por Teresa Chonchol y Julio Silva \$ 50
- VI. Hacia un nuevo orden por un socialismo social cristiano, por Jorge Fernández \$ 50
- VII. El orden social chileno, por Alberto Hurtado \$ 100
- VIII. El estudio de la Historia, por 1950 \$ 150

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Alameda 77 — Teléfono 63121 — Casilla 3125 — Santiago

DETACHES CONTRA REEMBOLSO DESDE UN DIARIO

POLITICA Y ESPIRITU

Los hechos y las ideas

Redacción — Administración
Ahumada 57, Teléfono 63121,
Casilla 3126 — Santiago de Chile
Director: Andrés Santa Cruz.
Comité de Redacción: Jaime Cas-
tillo, Alejandro Magnet, Fran-
cisco A. Pinto, Tomás Reyes.

REVISTA QUINCENAL

1º de Junio de 1955

AÑO XI

Nº 135

Valor de la suscripción a 24 nú-
meros: Chile, \$ 660.— Extranjero,
US\$ 3.— Las suscripciones deben
solicitarse a EDITORIAL DEL
PACIFICO S. A., Casilla 3126,
Santiago de Chile.

NUEVAS INQUIETUDES POR LA DEMOCRACIA

El país asiste otra vez al desarrollo de un período que produce inquietudes por el destino institucional de la República. Con pocos días de diferencia, dos acontecimientos característicos e igualmente amenazantes vinieron a complicar los ya arduos problemas de la ciudadanía.

Uno de ellos: la vergonzosa entrega de los estudiantes peruanos que habían solicitado asilo a nuestra patria.

El otro: los sucesos militares, provocados por la suprema torpeza de un Gobierno que acusa como deliberantes a un grupo de oficiales, en el momento mismo en que está dando todo su apoyo a otro que viene deliberando y actuando de hace tiempo.

El caso de los estudiantes es de aquellos que sólo pueden producirse en un Gobierno de tiranos. Sin embargo, fué ejecutado por un Gobierno que jura todos los días su amor a la legalidad. Es asimismo un caso que requiere la presencia, en puestos oficiales, de personas corrompidas por la más brutal deshumanización. Y tales individuos se encuentran efectivamente, en puestos llaves del actual equipo de Gobierno. Más aún, desde hace tiempo, se conocen sus nombres y sus actuaciones.

A su vez, la situación producida en el ejército es un nuevo signo de la naturaleza moral del Gobierno, considerado como un todo. Hoy sabemos que la "Línea Recta" no es un fantasma. Mas, durante mucho tiempo, los personeros oficiales desplegaron todo su cinismo para ocultar su existencia. Hoy podemos decir que los militares allegados a La Moneda son hombres comprometidos contra la patria y su deber profesional. Pero, hasta hace pocos días, el propio Ministro de Defensa Nacional —hoy desplazado por no querer llegar hasta las últimas consecuencias—, se empleó entero, ante el Congreso Nacional, para simular que era falso lo que él no debía ignorar y que todo el país sabía.

Los acontecimientos señalados son una suma tal de torpeza, cobardía y cinismo que exigen una reacción unánime de la ciudadanía.

Constituyen uno de los peores momentos de nuestra historia constitucional. Ninguna protesta contra tal estado de cosas puede ser suficiente. Toda la esencia democrática de nuestro sistema político y de nuestro pueblo exige sanciones.

LOS HECHOS

El país se impuso con repugnancia del hecho de que autoridades chilenas entregaron al Gobierno peruano a trece estudiantes de esa nacionalidad, expulsados de Argentina, que pidieron asilo en Chile.

Este asunto motivó serias discusiones en el Parlamento. Un acuerdo de la Cámara pidió la salida del subsecretario del Interior señor Carlos Ferrer, hecho responsable por el propio Gobierno de esta medida. Los estudiantes han mantenido una agitación callejera y declarado la huelga a fin de obtener esa renuncia. El señor Ferrer la envió al Primer Mandatario.

Sin embargo, en el intertanto, gestiones del Canciller señor Koch lograron que el Gobierno peruano permitiese la libertad de los estudiantes —los cuales habían sido detenidos en su patria— y la posibilidad de venir a Chile, cosa que hicieron.

El Senado y la Cámara debatieron los últimos sucesos ocurridos en el Ejército, provocados por el descontento producido en algunos sectores, a causa de las medidas tomadas por el Gobierno contra el General Francisco Javier Díaz, quien quiso denunciar a sus superiores las actividades del movimiento llamado "Línea Recta". De allí se ha seguido un proceso de variadas alternativas. Fué declarado reo el General Salinas, sindicado como uno de los cabecillas de ese movimiento.

La Junta Ejecutiva del PAL celebró una reunión ampliada para analizar su gestión gubernativa. Se aprobó lo obrado.

El PSP celebró un Pleno en que dió respuesta al manifiesto del Frenap. Lo mismo hizo el Partido Democrático del Pueblo. Ambos aceptan los planteamientos generales de aquel, pero rechazan la idea de los Comités de Enlace, proponiendo un Bloque de Unidad Popular, con exclusión de radicales y social cristianos.

La renuncia del Ministro de Defensa señor Tobías Barros, producida como consecuencia de los sucesos militares, fue aceptada y se nombró en ese cargo al General Raúl Araya, quien, a su vez, renunció también, para quedar en definitiva el coronel Videla, quien hasta entonces era Ministro de Obras Públicas. En este cargo lo reemplazó, a su vez, el General Schwerter.

El sumario militar y la huelga de estudiantes crea una situación de inestabilidad y de inquietud en el ambiente de la capital.

El Presidente de la República lee, ante el Congreso Pleno, el tradicional mensaje con que se da comienzo al período ordinario de sesiones. Allí repite muchos de sus argumentos y anuncia la necesidad de reformas constitucionales destinadas a reforzar los poderes del Ejecutivo frente al Parlamento.

El Gobierno trata de impedir un acto de la Asociación Sindical Chilena destinado a protestar contra la persecución religiosa en Argentina, el cual se celebraba en recinto privado. La llegada del Cardenal Caro disuelve automáticamente la resistencia de las fuerzas de Carabineros.

Las renuncias de las Mesas del Senado y la Cámara producen fricciones políticas que llevan a una divergencia entre los partidos de oposición. El Frenap se abstiene de concurrir a las votaciones. Resultan elegidos en el Senado, los señores Alessandri, Presidente y Figueroa Anguita, Vice-Presidente. En la Cámara, triunfa la misma combinación y lleva a la Presidencia al radical Julio Durán y a las Vice Presidencias, al conservador unido Héctor Correa y al falangista, Juan de Dios Carmona.

El rechazo por el Presidente de la República de la renuncia del Subsecretario del Interior causa la crisis del Gabinete al producir el retiro del Partido Agrario Laborista del Gobierno.

¿ENTIENDE EL PRESIDENTE LA DEMOCRACIA?



La pregunta del epígrafe no es ociosa. Tampoco resulta puramente académica. Después de los dos años y pico de Gobierno ibañista —sin contar para nada los del período anterior!—, el país tiene, en verdad, derecho a formularse. A la sombra de la Moneda, han estado cobijándose las ilusiones de tipo dictatorial de cuanto grupo de civiles o militares tiene todavía la pretensión de "imponer el

orden" al solo conjunto de las voces de mando y las tropelías contra los ciudadanos. No hay ninguna necesidad de hacer aquí otra vez una historia tan conocida. Nada ha sido escatimado por el Gobierno ibañista para llevar a la opinión pública la certeza de que, cualquier día, en cualquier instante, los hombres claves de La Moneda, o los grupos oscuros que se alimentan a su sombra, pueden dar el campanazo final y terminar de un golpe con la más madura democracia de Latinoamérica. ¿Hace falta, en efecto, recordar los episodios protagonizados por el Ministerio Olavarría, los contactos sospechosos con militares, los grupos clandestinos en el Ejército, las justificaciones especiosas ensayadas invariablemente, para cubrirlos, por los Ministros de Estado, el actual proceso militar, transformado, sin que el Gobierno pudiera impedirlo, de un proceso a favor de La Moneda en otro en que los hombres de ésta aparecen como los delincuentes?

Pues bien, esa praxis ha desarrollado una teoría. La teoría es el fruto combinado del pensamiento presidencial y de los conceptos políticos del PAL. Si se miran las cosas a fondo, el PAL tiene con el señor Ibáñez el nexo profundo de una cierta concepción transformadora del orden político. Ninguno de los dos es exactamente lo que se llama democrático; ambos, a su vez, buscan, como pretextos para sus nuevas teorías, hechos o necesidades que de veras se hacen sentir. Mas, observadas las cosas desde un punto de vista político, nadie en Chile puede estar seguro de que tales propósitos, realizados a la manera ibañista, no se convertirán en un sistematización de la dictadura.

Es el caso, por lo demás, que el Mensaje presidencial, leído ante el Congreso en pleno, este 21 de mayo recién pasado, tiene todos los síntomas de una maduración de dichas pretensiones. Es cu-

rioso anotar a este respecto dos cosas: la primera es que el señor Ibáñez, junto con hablar de reformas constitucionales y mencionar los trabajos de la ya un tanto olvidada Comisión que se nombró al efecto, ha tocado con especial énfasis lo relativo al presidencialismo, pero ha dejado sin recuerdo alguno la tesis fundamental del agrario laborismo, en orden a una integración de los sindicatos en la vida institucional de la República. Esta idea, que tiene sus peligros y sus dificultades, responde, sin embargo, a exigencias de renovación de la democracia, a fin de convertirla en una democracia social capaz de prevenir la revolución de tipo extremista; pero ella no fué considerada en el Mensaje. Una vez más advertimos allí cómo el partido de Gobierno pierde sus agallas ante lo que pudiéramos llamar ibañismo puro, o sea, militares con mando político omnímodo.

La segunda observación digna de ser formulada es que, en verdad, toda la demostración sobre la necesidad de dar más poder al Ejecutivo constituye el único tema tratado con interés en el Mensaje. Las partes anteriores adoptan el carácter de una mera introducción. Parece que, al dar cuenta "del estado administrativo y político de la Nación", el Primer Mandatario cumplía un enfadoso deber. El quería llegar a sus amados problemas políticos, mostrar que es un prisionero de las instituciones y repetir viejos estribillos.

Mas, ¿qué es, en suma, lo que nos propone el Gobierno? Si nos atenemos al texto literal del Mensaje, hé aquí los puntos más salientes de su argumentación:

La práctica política nacional ha ido falseando el significado de la Constitución del año 25. Esta quiso poner fin al parlamentarismo y, por tanto, independizar al Ejecutivo de la tentativa permanente del Congreso en orden a monopolizar las funciones de Gobierno. En verdad, el Ejecutivo representa tanto o mejor que el Parlamento la opinión pública nacional. Es inadmisibles que se atribuya sólo a este último la capacidad para ser depositario de ella. Debido precisamente a este error, los partidos políticos, representados en el Congreso, anulan o disminuyen notablemente la autoridad del Presidente de la República. Ellos, en efecto, impiden, por la vía del "pase" dado a los candidatos a Ministro, que aquel pueda ejercer libremente su prerrogativa constitucional de designar sus colaboradores. Los Ministros no son ya secretarios del Presidente, sino, tal como en el parlamentarismo, representantes de los partidos y, por lo tanto, del Congreso. De allí también que la formación de mayorías adversas al Gobierno deja a éste en la triste

situación de vivir de modo inestable, sometido a las votaciones parlamentarias y alterando sus rumbos según el movimiento de los partidos en el Congreso. Si un Mandatario resuelve oponerse a estas mayorías parlamentarias, habrá sin duda cumplido su deber constitucional de mantener los principios, pero, debido al espíritu oposicionista de los ciudadanos, concita en contra suya todos los descontentos, las demagogias y los intereses ilegítimos heridos. Es el caso del señor Ibáñez. El gobierno con mayorías parlamentarias organizadas en contra suya, con órganos de prensa y de radio al servicio de la oposición, con elementos adversos introducidos en la Administración Pública, con los gremios fuera de su órbita propia y entregados a la política. Todo eso sincroniza, en actitud de resistencia y sabotaje, con la acción opositora. Además, poco a poco, se ha ido cercenando las facultades supuestamente omnímodas del Presidente de la República, el cual no puede dar hoy un paso sin verse sometido a una verdadera fiscalización por parte de la Contraloría General de la República. Es necesario, pues, al Ejecutivo una mayor autoridad. Ha de tener el Gobierno facultades extraordinarias en el orden económico y administrativo, y también facultades de excepción en materia política. Sin ello, no se podrá operar la necesaria vuelta hacia un régimen de disciplina social que es factor previo para afrontar con éxito los problemas de la nación.

Esto provoca la necesidad de las reformas constitucionales. Ellas se resumen en las siguientes: liberación del Presidente de la República, en los actos de gobierno y de administración, de todo control exterior sea de parte del Congreso u otra autoridad; derecho a dictar legislaciones de emergencia; primacía del Senado sobre la Cámara de Diputados en la formación de las leyes, legalización de los partidos políticos, etc.

¿Qué hay detrás de todo esto? Observemos en ello el anticuado sofisma de cubrir con teorías, más o menos fundadas, pretensiones que no se dejan ver sino a pesar suyo. Quizás lo que menos se podría decir de la argumentación presidencial es que falsea y tergiversa todo el sentido de los problemas políticos tratados.

Es, en efecto, una tesis verdaderamente absurda la de intentar reducir el problema de la incapacidad a una cuestión de organización jurídica. Un Gobierno que no sabe qué hacer será siempre un prisionero de algo: de la realidad que se le impone como un fatalismo insuperable. Ese Gobierno culpará a las mayorías nacionales, al Parlamento, a la demagogia, a la reacción, a las leyes, a la au-

sencia de facultades, a los partidos políticos, a los gremios, a los ciudadanos, etc. Siempre encontrará un culpable, puesto que nunca admitirá que su deber es renunciar. Desde este punto de vista, las reformas, propuestas por el ibañismo, pueden simplemente significar la elevación de un monumento a la incapacidad gubernativa y llevar derecho, no ya a cierto desorden o lentitud administrativos, sino a la destrucción de la República. ¿Se imagina el lector lo que sería el actual Gobierno sin que sus actos fueran controlados desde el Congreso u otras autoridades? ¿Cabe pensar en una administración política estilo Olavarría o económica estilo Tarud, fundada en que el Gobierno asume la plena y única responsabilidad por los actos de gobierno y administración? Pensemos en esa facultad para dictar legislaciones de emergencia. ¿No se acaba de intentarlo? ¿Y acaso no sabemos que el proyecto enviado por el Ministerio de Hacienda era tan desproporcionadamente inaceptable que el propio señor Ministro se apresuró a retirarlo para proponer iniciativas concretas que todavía permanecen prácticamente en el más oscuro anonimato?

En verdad, si bien el Ejecutivo debe poseer facultades auténticas de Gobierno, también la opinión pública necesita disponer de medios para corregir los actos de éste. En el fondo, los hombres que llegan al Parlamento y los que llegan al Gobierno son los mismos. Si unos pueden cometer errores, no se vé la razón para que no se piense también en los de los otros. Esa situación se expresa más o menos adecuadamente en el sistema actual de nuestro país. No es un régimen parlamentario como quisiera el liberal senador Rivera Baeza; no es tampoco un presidencialismo casi omnímodo como lo desea el señor Ibáñez. Pero, es un sistema que no impide la posibilidad de gobernar a un Ejecutivo consciente de su tarea y dispuesto a cumplirla. Esto fué lo que el Gobierno no hizo. Su incapacidad para ello, le ha traído los males que hoy deplora. No habría mayorías en contra, ni opinión pública descontenta en un 99 por ciento, ni radios o prensa anti gobiernista, ni egoísmos de grupo sobresaltados, ni fuerzas gremiales en perpetuo revolucionarismo, si él, con la fuerza de su triunfo, hubiese sido capaz de hacer algo por el país. Por angas o por mangas, el ímpetu inicial, la unidad del pueblo, el espíritu de colaboración de los adversarios, todo, en suma, lo que era consecuencia del gran esfuerzo popular de 1952, se perdió completamente. Quedó un Gobierno sin línea, sin ideas, sin homogeneidad, sin hombres capaces, sin autoridad; un Gobierno que derribaba ministerios y perdía elecciones. En esta situación, ¿es posible en-

tender lo que el señor Ibáñez dice cuando se refiere al hecho de que sus Ministros están sujetos a las opiniones de los partidos, los cuales mandan en el Congreso? ¡Mas, si el Congreso es antiibañista porque el país no quiso elegir a los partidarios del señor Ibáñez! ¿Por qué ha de creer el Presidente que conserva su votación del 4 de septiembre de 1952, siendo que la ciudadanía le demuestra a cada paso que ya cambió de opinión? En vez de mantenerse terca en su propia tesis, debía comprender él que sus derrotas significan algo y, en vez de cambiar la constitución del país, debiera más bien pensar en cambiar la constitución interna de su Gobierno. En esta forma, su tendencia a un presidencialismo exacerbado es el fruto de una curiosa operación mental: si el pueblo se vuelve contra mí, yo tengo que asegurar los medios para que ningún Presidente pueda sufrir las consecuencias de su mala gestión gubernativa. Esto parece ser la sustancia real de su pensamiento.

De allí que la argumentación contenida en el Mensaje resulta tan tortuosa que no hay por donde tomarla. ¿Vamos a discutir, por ejemplo, el derecho de los partidos a evitar que sus miembros vayan a un Ministerio cualquiera? Esta idea presidencial no es exclusiva del señor Ibáñez. Ya el señor Alessandri había expresado cosas semejantes, en su tiempo. Pero, no hay duda que se trata de un error. El Presidente elige a sus colaboradores; esto nadie lo discute. Pero los llamados pueden tener razón para negarse. Una de estas razones es precisamente la razón política de partido. Si no fuese así, éstos no serían organismos reales, sino monotoneras de oportunistas. El derecho del Presidente a hablar con un amigo suyo puede chocar con el derecho de un partido para hablar con uno de sus militantes; el conflicto lo resuelve el afectado. Pero, es enteramente sin sentido pretender elevar esta discrepancia a la altura de un problema constitucional en que se violaría el régimen político que nos sustenta. ¿O vamos a dar tal significado también a las peticiones que pudiera formular la familia del posible Ministro?

En suma, la tesis del Mensaje importa una verdadera hipertrofia de una situación peculiar a los hombres de Gobierno. Ellos convierten su problema subjetivo en un problema objetivo: proyectan hacia los partidos políticos sus propias limitaciones. Dan, en efecto, la calidad de conflicto constitucional o prácticas políticas viciosas a lo que es el necesario juego de la contienda y en vez de imponerse políticamente, es decir con actos concretos de acción nacional, se refugian en la contienda de mala ley, en el golpismo inspirado, en las discusiones

sobre tópicos constitucionales. Pero, esta teorización tiene su propio objetivo; va implacablemente a lo de siempre: la absorción del poder por el Presidente de la República. Un parlamentario podría contradecir toda la tesis de éste, diciéndole que lo que él pretende es hacer con el Parlamento lo mismo que se atribuye a éste último respecto del Ejecutivo, o sea, reducirlo a la nada. Y el parlamentario tendría mucha más razón, por cuanto él no impide gobernar, sino se limita a opinar y, con frecuencia, a recibir agradecimientos de los provisionales Ministros del Presidente por su colaboración en las tareas legislativas. En cambio, el señor Ibáñez quiere negar el hecho de que el Parlamento representa a la opinión pública y explícitamente dice que las mayorías del Congreso, por el hecho de serlo, y de actuar como tales, están violando la Constitución.

Hay en este sentido frases que no se pueden dejar pasar. El señor Ibáñez opone su propósito de defender los principios constitucionales a las "tendencias parlamentarias". Estas, a su vez, son, según sus palabras textuales, "los llamados gobiernos de opinión, que en el fondo no son otra cosa que gobiernos de mayorías parlamentarias formadas por los partidos. Es visible el seguro barrenamiento de nuestro sistema constitucional a que conducirían las tendencias aludidas".

Esto significa en buen lenguaje español: si la ciudadanía vota contra el Gobierno y elige mayorías parlamentarias adversas a él, es preciso pensar que la inestabilidad de los Ministerios no se debe a que sus proyectos están dejando de representar a la opinión pública, sino a que se ha barrenado el sistema constitucional. ¿Cómo arreglar eso? Muy sencillo. Lo único consecuente es reducir a cero al Parlamento y a los partidos. Es decir a los ciudadanos.

De ese modo —y para terminar—, se hacen comprensibles los pasajes del discurso presidencial en que se alude a la situación personal del Presidente de la República. El dice: "Yo comprendo que por mi carácter independiente y la forma cómo se ha desarrollado mi vida pública, sin otro baluarte y apoyo que el otorgado por el pueblo, mi presencia en el Gobierno no sea simpática ni llevadera para muchos dirigentes acostumbrados con su prestancia a influir en la voluntad del Jefe del Estado, a someterla a sus designios. Comprendo que el elevado concepto que tengo de mi cargo y jerarquía, convierta mi alejamiento de las beligerancias partidistas en una supuesta actitud adversa y hostil hacia los partidos políticos... Pero, lo que no comprendo, y creo que conmigo la gran mayoría del

país tampoco lo comprende, es la oposición por la oposición, particularmente enconada y violenta en contra de la persona del Presidente de la República, oposición que surge y se mantiene por el hecho de que defiendo mis prerrogativas presidenciales...".

En verdad, lo que el Presidente de la República no entiende es la democracia, la posibilidad de que un mal gobernante sea sancionado con el retiro de la confianza ciudadana. Y, a su vez, la opinión pública no entiende que el Primer Mandatario no comprenda cosas tan sencillas y que sus colaboradores lo dejen decir arrogantemente palabras de autoalabanza en las que, como siempre, monopoliza para él todo afán de patriotismo. Cuando tales palabras se contrastan con la realidad, ¿qué cosa hacer sino entregarse a profundas reflexiones sobre la capacidad de los hombres para engañarse a sí mismos?

PARTIDOS Y PLATAFORMAS



Entretanto, los partidos continúan perfilando sus actitudes y dando a conocer su pensamiento. Se trata de una provechosa e interesante toma de posición. Ella, —como hemos dicho más de una vez en estas columnas,— representa una fase que debía venir. No era posible que durase indefinidamente la unidad indiscriminada de

los partidos opositores ni tampoco la pugna entre éstos y los desertores del ibañismo. Justamente, tales movimientos debían realizarse tan pronto como las fuerzas políticas se apercebiesen de la derrota del ibañismo. Ella está consumada y acaso el Partido Agrario Laborista sea el único que, por su contumaz fidelidad al Presidente, quede fuera de los frutos que hoy por hoy dejará el antagonismo con el Gobierno.

Es preciso agregar que corresponde a los socialistas populares el mérito de haber insistido en la necesidad de un reajuste. Tal cosa plantearon, en mal estilo, durante la última elección parlamentaria en Santiago. Además, lo hicieron en pésimo momento. Sin embargo, su tesis tenía cierta fuerza y ella ha llegado a ser ahora la base de los cambios que menudean entre los partidos y sus hombres más representativos. La iniciativa de los socialistas encontró una respuesta ágil y de elevado tono en el manifiesto del Frente Nacional del Pueblo,

cuyas líneas generales dibujamos en nuestro número anterior. En este instante, se conoce ya la respuesta del Partido Socialista Popular y la del Partido Democrático del Pueblo, los cuales respondieron oficialmente en el Senado a un nuevo requerimiento hecho por el senador del Frenap señor Salvador Allende. Estamos pues ya en situación de esbozar un planteamiento más amplio de los contornos que va tomando la situación.

Dijimos que el Manifiesto del Frenap era un documento de valor. Su texto serio y mesurado, debido en gran parte, según se dice, a la pluma de un hombre que no pertenece a las filas del Frenap, daba sin duda margen para un coloquio político de envergadura. Este hecho se manifiesta ya por el hecho de que las respuestas han sido presididas por la franqueza y el espíritu constructivo. Si tal debate se mantiene en los términos a que hemos aludido, la opinión pública, interesada en los destinos políticos del país, tendrá una excelente oportunidad para tomar posición con entero conocimiento de causa.

Mas, ¿cuál fué a todo esto la tesis de los socialistas populares, ayer ibañistas, hoy entregados de lleno a la tarea de colocarse a la cabeza de la reivindicaciones proletarias?

Un Pleno celebrado por ese partido acordó los términos de la respuesta en tono que correspondía al del documento frentista. Mas tarde, el senador Aniceto Rodríguez, en una intervención abundantemente aportillada por los senadores de derecha, volvió a dar a conocer sus conceptos fundamentales.

El PSP ha querido forzar la mano de los comunistas y socialistas del Frenap. Su planteamiento es, podría decirse, una obra maestra para quitar a los primeros lo que unos y otros estarían dispuestos a llamar "la vanguardia" de la clase obrera. En efecto, el Frenap está aún ligado a la tesis soviética de "unidad nacional para defender las libertades públicas". Para éste, la formación de Comités de Enlace con todos los partidos de izquierda era una buena salida momentánea. Pero el PSP ha impuesto un ritmo más vertiginoso a la situación. Ha recurrido directamente a la teoría marxista. En efecto, su respuesta, dura y cortante, aunque no completamente negativa, tiende a destruir la idea de una defensa de la libertad en general, "por encima de las clases", diferente de la posición social revolucionaria que sería preciso ejercitar de inmediato. En este sentido, el partido de Rodríguez llega tan lejos que no sólo rechaza alianzas con la derecha, sino también con el partido radical. En vez de comités de estudio, quiere soluciones políti-

cas. ¿No habríamos dicho aquí mismo, en nuestro número anterior, que la conclusión del Frenap era demasiado pobre para la altura de su planteamiento? Pues bien, eso dicen los socialistas: "No nos parece serio integrar un aparato de lentos recados, en que ninguna organización se compromete a nada". No se trata pues de eso. Lo que está delante es otra cosa: "Lo que queremos reafirmar es que no hay una política por encima de las clases y que nuestro papel es acaudillar a las clases oprimidas en su lucha por conquistar el poder y edificar una República de Trabajadores". En consecuencia: sólo se admite un Bloque de Partido Populares.

Hémos pues en un terreno harto delicado. ¿Es sólo una lección de marxismo que se imparte a los eternos detentadores de la gran tradición revolucionaria? ¿Son palabras para coger al adversario y liquidarlo definitivamente? Notemos que el PSP dice con crudeza: "mientras nosotros los invitamos a tomar el camino de la lucha sin cuartel contra los sectores reaccionarios, ustedes eligen el atajo de las concesiones al enemigo de clase". En verdad, uno parece soñar. ¿De dónde sacan los socialistas populares tanta fuerza? ¿Qué ha sucedido para que la alianza comunista-socialista de Chile sea tratada de ese modo?

Algo debe estar sucediendo... Si se quiere una prueba de ello, podría ser que se la encontrase en el hecho, producido inmediatamente después de este documento rudo, en virtud del cual la antigua oposición anti ibañista sufrió un quebranto interno a propósito de la elección de Mesa en la Cámara y en el Senado. El Frenap declaró su abstención, disgustado con radicales y derechistas. Con ello se vuelve hacia la tesis socialista popular. En caso de hacerlo así realmente, ¿no se podrá decir que el partido "vanguardia" es éste último?

Por otra parte, el Partido Democrático del Pueblo ha creído necesario también manifestar sus opiniones. Después de un texto en que se disponen ordenadamente las materias y puntos de vista en que conciden de manera general casi todos los técnicos

y políticos anti-derechistas, el señor Martónes, leyendo documentos oficiales, reprodujo de hecho la posición socialista popular y propuso otra vez un Bloque de Unidad Popular. Este bloque sería integrado por los partidos que se llaman a sí mismos "proletarios" y deja fuera de sí, en cambio, a los pequeños burgueses, tales como el Radical y la Falange Nacional. Esos partidos populares son los cuatro del Frenap, el socialismo popular y el Partido Democrático del Pueblo. El Bloque podría pactar luego entendimientos concretos con los otros dos partidos mencionados. Así se formaría el gran movimiento liberador chileno...

Es probable, sin embargo, que allí lo único que falte sean los votos del pueblo... Para percibir el romanticismo de estas posiciones, bastaría quizás advertir el recrudescimiento de la fraseología marxista que parece servir de base a todos estos planteamientos. Es como si los signos verbales estuviesen reemplazando a las cosas. En este sentido, hasta el soviético comunista ha sido cogido en su propia trampa. Ahora todo es "revolución", "clase", "pequeña y gran burguesía", etc. ¿Significa la reaparición sincronizada de la terminología que pusiera Marx en circulación hace más de cien años, que los partidos —tan despectivos para los sectores de "pequeña burguesía", y tan "proletarios" como para contar, por ejemplo con el inmenso (?) arraigo popular del Democrático del Pueblo—, son capaces siquiera de suministrar un Ministro al que no se deba expulsar por preferir el Gobierno a su partido?

Dejemos por ahora al señor Martónes con sus ilusiones de marxista que recién deja de mano el Manifiesto Comunista. Las realidades sociales han permitido profundizar un poco en la teoría y en la práctica y quizás no sean necesarios tales esquemas demasiado simples. De todos modos, advertimos que el marxismo ha de saber enseñar, por lo menos, a no equivocarse más de la cuenta. ¿Es eso lo que el Partido Democrático del Pueblo ha mostrado ante la opinión pública de este país?

ELECCIONES EN GRAN BRETAÑA



A pesar de una pequeña agitación unos diez días antes de la celebración de las elecciones británicas, éstas no alcanzaron a cobrar calor. En un discurso, sir Winston Churchill acusó a Attlee de ser "policromo" y éste le respondió tratándolo de "camaleón", alusión a los cambios de color político de sir Winston, que fué conservador, luego liberal, en seguida independiente y, por fin, conservador de nuevo. Pero a pesar de estos cambios de palabras la campaña electoral resultó desteñida.

Este hecho, inusitado a pesar de la flema británica, fué atribuido a que el resultado de la elección se estimaba asegurado de antemano. Todos los presagios eran favorables a los conservadores. Una encuesta Gallup había demostrado el mayor arrastre electoral del partido en el gobierno, si bien por un margen poco satisfactorio. Luego, las elecciones municipales constituyeron un desastre para los laboristas, que perdieron 284 asientos de concejales, en tanto los conservadores ganaban 241. Una tendencia semejante se había venido demostrando en sucesivas elecciones complementarias de diputados.

Las cosas, con todo, no eran tan excesivamente claras y los propios dirigentes conservadores, como, por lo demás, lo hacen en todas partes los jefes de una campaña electoral, pusieron en guardia a sus gentes contra un excesivo optimismo. Es cierto que nunca hasta ahora, en los últimos años, los signos se les habían presentado tan favorables, pero también advertían que los candidatos y el programa del Partido Conservador no lograban levantar presión en el ánimo del electorado inglés. Su único consuelo era que los laboristas tampoco lograban hacerlo, debido en gran parte a las divisiones internas del laborismo, que han dejado una amarga huella en el sector más dinámico de este partido.

En todo caso, un análisis de las cifras electorales inglesas arrojaba un curioso resultado. Sobre 35 millones de votos de hombres y mujeres del Reino Unido, había en realidad sólo poco más de 60.000 que fueran decisivos.

La Gran Bretaña es un país políticamente tan estable que, con excepción de un año tan extraordi-

nario como 1945, que arrojó a los conservadores del poder, siempre ha podido predecirse cómo votarán los diversos sectores de la población. Los siete millones de electores de las clases medias, votaron por los conservadores en la proporción de 3 a 1 en 1945 y de 5 a 1 en 1951. La burguesía acomodada (propietarios, directores de grandes empresas, miembros más ricos de las profesiones liberales) votó en proporción de 12 a 1 por los conservadores en 1951.

Por su lado, las clases trabajadoras, los 22 millones de votos que ellas representan se repartieron en 1951 de la siguiente manera: 11,3 millones por los laboristas, 6,2 millones por los conservadores y el resto, por los independientes, liberales y la abstención. El partido comunista prácticamente no cuenta en Gran Bretaña.

Como estas proporciones se mantienen generalmente con una rara fidelidad, los técnicos electorales dicen hallarse en situación de predecir siempre los resultados de 550 de las 630 circunscripciones electorales del país. En las otras 80 circunscripciones, los resultados se deciden por un escasísimo margen de votos. En las últimas elecciones generales —1951— 51 asientos se ganaron o perdieron por menos de mil votos, lo que en la masa de electores británicos es una cantidad despreciable. Ese pequeño margen favoreció en la mayoría de los casos a los conservadores y así pudo darse al final la paradoja de que con más votos que sus adversarios, los laboristas perdieran en gobierno. Tanto para un partido como para el otro, un desplazamiento del 1 por ciento de los votantes en las circunscripciones claves puede darle una mayoría de 60 asientos —una cómoda mayoría para gobernar— sobre el enemigo político.

En las últimas elecciones, una pequeña reforma que alteró las circunscripciones, pudo perturbar algo los cálculos, pero los resultados eran previsible: un triunfo conservador.

FINANZAS Y POLÍTICA INTERNACIONAL



Poco antes que sir Anthony Eden anunciara la celebración de elecciones generales, Richard Butler, ministro de Hacienda había presentado a los Comunes su nuevo presupuesto y una visión ex-

traordinariamente optimista del futuro fiscal y comercial de la Gran Bretaña. Por su lado, sir Winston Churchill se lanzó ahora con su acostumbrado ardor a la campaña, a pesar de la lluvia y sus 80 años, y les ha recordado a los electores la obra de su partido. Naturalmente, sir Winston habló por primera vez ante sus propios electores en el distrito de Woodford, al cual representa desde 1924, y a ellos les recordó que —a su juicio al menos— los conservadores habían recibido el país en octubre de 1951 al borde de la bancarrota, con sus consumos sujetos a toda suerte de restricciones y graves dificultades en su balanza de pagos, y ahora podían presentar un país que disfrutaba de la mayor prosperidad de su historia. En gran parte, esto se habría debido a la política conservadora de levantar los controles y liquidar las socializaciones impuestos por los laboristas de acuerdo con una política que, en su tiempo, Churchill calificó de semejante a la de los Soviets y servida por una verdadera Gestapo.

Por su lado, los laboristas acusaron a los conservadores de haber adelantado las elecciones antes que se hicieran más patentes las malas consecuencias de la política económica que han desarrollado en el gobierno y cuando el pueblo inglés todavía tiene una engañosa sensación de prosperidad. En este sentido, el discurso que en los Comunes pronunció Gaitskell, ministro de hacienda del "gabinete fantasma" laborista fué una tremenda acusación.

Siempre conviene recordar lo que decía precisamente un inglés, Disraeli, el que clasificaba la mentira en tres grados: la que se dice inconscientemente, la que se comete a conciencia y la estadística, pero la verdad es que las estadísticas parecen dar la razón a Gaitskell.

Si la diferencia entre las exportaciones y las importaciones continúa al mismo ritmo que en los primeros tres meses de este año, Gaitskell, que también fué ministro de hacienda en el anterior gobierno laborista, predijo que se produciría en el comercio exterior de Inglaterra un déficit de 100 a 150 millones de libras esterlinas. A juicio del ex ministro laborista, el gobierno conservador ha fracasado en su política comercial, pues las exportaciones, que son vitales para Gran Bretaña no sólo no han aumentado sino que han disminuído a una fracción del volumen que alcanzaron gracias a los laboristas. De tal manera, las reservas de oro y dólares acumuladas por Inglaterra se han mantenido en un nivel bajo, apenas 330 millones de dólares más que las que había cuando los laboristas entregaron el gobierno, o sea la cantidad de aproximadamente 2.700 millones de dólares. A primera vista éste pa-

recería un argumento contrario a los propios laboristas, pero Gaitskell tuvo buen cuidado de señalar que, entre tanto, las reservas de oro y dólares de los demás países europeos de Occidente han aumentado en conjunto en 4.000 millones de dólares, o sea 12 veces más que las reservas inglesas.

A fin de cuentas, todos los asuntos comprendidos en el cálculo de un presupuesto afectan fundamentalmente a la vida de una nación y de cada uno de sus habitantes. Puede calcularse, por ejemplo, con qué pasión los escoceses discutirán las medidas de Butler para reducir en 6 peniques la tasa del impuesto a la renta o aquéllas otras por las cuales se mantienen los impuestos a la bencina, a los cigarrillos y la cerveza. Pero en estas elecciones más que en las anteriores el problema internacional pesará sobre la decisión del votante británico. El asunto de la bomba de hidrógeno dista mucho de ser algo nada más que teórico para los 45 millones de habitantes de las islas y el peso del esfuerzo armamentista se hace sentir con fuerza sobre los hombros de los contribuyentes. Por eso, los conservadores podrán aprovechar la ola de esperanzas provocada por el anuncio de una próxima conferencia de los jefes de Estado de las Cuatro Grandes potencias que, como Churchill lo reivindicaba en su discurso ante sus electores de Woodford, fué siempre la gran aspiración de su política exterior.

Pero, en el hecho, sucede algo curioso, y es que la política exterior oficial del laborismo se diferencia muy poco de la sostenida por los conservadores. El rebelde Aneurin Bevan ha tenido razón, por lo menos en el mero terreno de la estrategia política interna, contra los dirigentes oficiales del laborismo, contra Aitlee y Morrison, al tratar de darle a su partido un programa de política exterior claramente diferenciado del que sostienen los conservadores en el gobierno y de galvanizar a las masas inglesas mostrándoles un horizonte distinto, lo que entre otras cosas, significaría un claro distanciamiento del Departamento de Estado que no cuenta sino con escasas simpatías en el medio inglés. Pero, para bien o para mal, el hecho es que Bevan ha fracasado en el empeño de imponer sus puntos de vista dentro del Partido Laborista. Así el programa de política exterior dado a conocer hace tiempo ya por éste no contiene elementos revolucionarios de la actual situación: Allí se expresaban los deseos de lograr lo antes posible, como objetivo primordial, una conversación de los jefes de los Cuatro Grandes, un acuerdo sobre desarme, aun cuando ello significara el sacrificio de una parte de la soberanía nacional, la realización de negociaciones para obtener el ingreso de China roja a las Nacio-

nes Unidas y la neutralización de Formosa bajo los auspicios de la NU como preparación de elecciones en que los mismos habitantes de la isla —que son 8 millones— decidirían su propio destino ulterior. A este respecto conviene recordar que en realidad Formosa nunca ha sido parte integrante de la Nación china y que antes de la guerra pertenecía al Japón, de modo que, en justicia, las pretensiones del actual gobierno de Pekín para que se le devuelva la isla son, por lo menos, discutibles.

Pero, en fin, sobre todos estos particulares, los conservadores sostienen puntos de vista exactamente iguales, para cuya realización sólo han tenido que contemporizar, ya que están en el gobierno, con los Estados Unidos, exactamente como tendrían que hacerlo los laboristas si llegaran al poder. Por otra parte, éstos ofrecen volver a nacionalizar la industria siderúrgica y del transporte por caminos, y nacionalizar, además, ahora, los sistemas de agua potable y de parte de las industrias químicas.

ALEMANIA NO ES AUSTRIA



Dos hechos diplomáticos ocurridos recientemente siguen ejerciendo su influencia en el desarrollo de la política internacional, especialmente en Europa. El primero es la firma del tratado de paz con Austria, que ha puesto de acuerdo a Oriente y Occidente y ha dejado neutralizado a este país, pero no desarmado, al menos teóricamente. El segundo es las declaraciones del mariscal Tito por las cuales Yugoslavia se mantendría neutral entre Oriente y Occidente, sin alinearse con ninguno de los dos bloques. Estas declaraciones, como se sabe, las hizo el presidente yugoeslavo con motivo de la anunciada visita de los grandes jefes soviéticos a Belgrado.

De todo esto se ha seguido y se seguirá multitud de hechos. Al anuncio y a la serie de comentarios de una política soviética de crear una faja neutralizada de estados tapones entre Rusia y las potencias de la NATO en Europa, las primeras reacciones, inevitablemente, se ha producido en la Alemania de Bonn. Allí, el canciller Adenauer, el 19 de mayo, se apresuró a declarar que su gobierno se opondría formalmente a una neutralización de Alemania, aunque éste fuera el precio de la reunificación del país. Aun más, hablando ya con el tono más firme de un país que ha recuperado sus dere-

chos soberanos y se sabe firmamente respaldado, Herr Adenauer adelantó que su gobierno no podría considerar el problema de la reunificación sin que se decidiera de las provincias alemanas situadas al Este de los ríos Oder y Neisse que fueron cedidas a Polonia, a fin de que ésta, a su vez, hiciera concesiones a los rusos en su frontera oriental. Los alemanes fueron evacuados en masa al este del Oder-Neisse y reemplazados por los polacos que ahora pueblan ese territorio. Su reivindicación por los alemanes, que está dentro de la lógica de los acontecimientos y se divisa ahora como una fatalidad histórica va a tener que desencadenar una serie de reajustes con las consiguientes fricciones. Sin embargo, sería hacerse ilusiones creer que una Alemania soberana y rearmada vaya a aceptar como hecho consumado la pérdida de esas provincias. Y una actitud reivindicacionista contará con el apoyo espiritual, por lo menos tácito, de los alemanes del Este, que estarán al otro lado de la Cortina de Hierro y todo lo que se quiera, pero también y ante todo, son alemanes. El régimen soviético impuesto sobre ellos es algo importado y extraño, por mucho que cosas como la reforma agraria, por ejemplo, hayan satisfecho deseos antiguos de la gran masa de la población. Una reunificación, una vuelta a la Gran Alemania, que respetara ciertos hechos ya producidos, sería, evidentemente, acogida con profunda satisfacción. El problema es el medio para lograrlo o el precio que haya que pagar.

Ni Herr Adenauer y los demócratas cristianos, ni, con ciertas reservas, la oposición socialista, están dispuestos a aceptar que el precio sea la neutralización de Alemania que se diseña como la oferta que los rusos harán en la proyectada conferencia de los Cuatro Grandes, a la cual Alemania no asistirá. Alemania no asistirá, pero no por eso deja de ser la posición clave para la política que el Departamento de Estado y el Pentágono han estado desarrollando en Europa y que se basa en la Organización del Tratado del Atlántico Norte, de la cual Alemania es el más reciente miembro.

El valor de esa posición clave lo saben los norteamericanos y menos que nadie podría ignorarlo el propio gobierno alemán. De allí que Adenauer pueda hablar fuerte y esté seguro de ser escuchado aunque las doce divisiones alemanas estén todavía en el papel. Pero ya en Washington se ha anunciado también que no sería concebible el abandono de las posiciones alemanas, con todas las instalaciones de la NATO ya construidas allí: aeródromos, cuarteles, oleoductos, etc., y, sobre todo, de un punto en el corazón de Europa desde el cual se pueden amenazar las posiciones comunistas. Los occidenta-

les, pues, se muestran así muy poco dispuestos a permitir la neutralización alemana, aunque el desarme no sea, como en el caso de Austria, condición de la neutralización. Una Alemania rearmada y aislada políticamente en el corazón de Europa es un peligro tan grande, si no mayor, que el de cualquiera otra solución. No parece que haya que pensar en eso.

EN MARCHA EL REARME ALEMAN

En todo caso, y como para prevenir cualquiera manobra diplomática imprevista o un brusco vuelco de la opinión pública alemana, que es susceptible a tales vaivenes, la Organización del Tratado del Atlántico Norte tiene ya previsto y parcialmente en marcha un acelerado plan para realizar el rearme alemán.



Para el ejército de tierra se prevé lo siguiente:

A los 23 meses de la ratificación de los tratados de París, es decir a fines de 1956, las doce divisiones alemanas deberán estar listas para su empleo.

En el curso de los cuatro primeros meses, que ya están, pues, corriendo, el Estado Mayor Central deberá estar en funciones y reclutado un núcleo de 18.000 hombres.

En los dos meses siguientes deberá estar enrolado e instruyéndose el personal que formará los cuadros del nuevo ejército.

A los ocho meses, es decir, en noviembre de este año, serán llamados a filas los primeros conscriptos.

A los 18 meses, es decir, en septiembre de 1956, seis divisiones alemanas deberán estar ya listas.

Por lo que se refiere al ejército del aire que el acuerdo de París prevé para Alemania Occidental, el plan es el siguiente:

A los doce meses de la ratificación, es decir a comienzos del año próximo, la totalidad de las fuerzas aéreas alemanas deberá estar lista. Como se ve, el plazo es menor que para el ejército de tierra, debido en gran parte a que el personal, altamente técnico, existe ya en buena parte y puede ser rápidamente adiestrado y se encuentra ya construída también en gran parte, por la OTAN toda la complicada y costosa infraestructura del poder aéreo que son los aeródromos, talleres, abastecimientos de bencina, etc. Esta rapidez puede medirse por el hecho de que estaba previsto que a fines de este mes

debían encontrarse ya enrolados 20.000 pilotos y técnicos y recibidos ya por la naciente o renaciente Luftwaffe los primeros 35 bombarderos livianos.

Antes de fines de julio deberían estar reclutados otros 32.000 pilotos y especialistas, y entregado el resto del material para la fuerza aérea alemana.

Sobre esta base, el plan deberá proseguir aceleradamente, con un entrenamiento intensivo y poniendo en pie de guerra ya en agosto próximo, siete grupos aéreos de bombardeo táctico, dos grupos de entrenamiento, dos grupos de reconocimiento y quince bases aéreas.

De noviembre de este año a febrero de 1956 otras 45 bases serán entregadas a la fuerza aérea alemana.

Como se ve por lo expuesto, la aviación alemana será exclusivamente una fuerza de defensa o cobertura del potencial europeo que deberá amasarse en la retaguardia. Sin embargo, según denuncian algunos órganos de prensa franceses, estaría estudiándose por el Pentágono, de acuerdo con los ingleses, la entrega de bombarderos como los Camberra, que son ya del tipo de bombardeo estratégico, o sea de largo radio de acción, capaces de bombardear eventualmente los puntos neurálgicos que los rusos han situado al Este de los Urales. Pero la acusación no parece muy verosímil si se consideran los inconvenientes de situar en aeródromos tan avanzados bases que todo aconseja colocar más a la retaguardia.

En todo caso, sí, una cosa es evidente y es que tanto el gobierno de Bonn como el de Washington tienen el mayor interés en demostrar luego con hechos que el rearme alemán no quedará en el papel. Con todo, hasta ahora, no ha comenzado la discusión de los dos proyectos de ley necesarios para echar a andar toda la nueva máquina militar alemana: la ley de conscripción y la de reclutamiento voluntario, lo que no quita, por cierto, que la oficina de Blank, futuro ministro de Defensa, no esté ya trabajando como una colmena zumbadora. Por su parte, en los Estados Unidos se ha estado acumulando material de guerra para entregarlo a las nuevas divisiones alemanas en cuanto éstas comienzan a surgir. Ese material podría alcanzar a un valor de 1.600 millones de dólares y convertiría al nuevo ejército alemán en una fuerza de gran eficiencia.

Hay que tener presente, por otro lado, que el retiro de las fuerzas de ocupación de Austria no significaría el retiro de fuerzas norteamericanas de Europa. Ya estarían desarrollándose conversaciones con el Estado Mayor italiano para que esas tropas se concentraran en la región norte de Italia, posi-

blemente Verona. Con el reciente tratado de Viena, Italia queda al borde del mundo occidental, limitando con una Yugoslavia que declara no participar en ningún bloque y con una Austria neutralizada por tratado. Sin embargo, el estacionamiento de tropas norteamericanas en la Italia del Norte no es en modo alguno cosa decidida y dará lugar a tremendas discusiones en ese país, en donde existe el partido comunista más fuerte y combativo de Europa Occidental, cuyas fuerzas están situadas, precisamente, en la región en donde vendrían a situarse las tropas norteamericanas. Queda por ver si las ventajas estratégicas que así se conseguirían serían mayores que las desventajas políticas, en un momento en que la situación italiana no es en modo alguno prometedora en el terreno político.

De todos modos, una cosa queda en claro: que los Estados Unidos y su más firme aliado en Europa, la Alemania Occidental, están dispuestos a proseguir aceleradamente la política cuyo elogio hizo en Washington el Secretario de Estado al volver de París y de Viena después de firmar el tratado de paz con Austria. Como Mr. John Foster Dulles lo viene afirmando desde que se hizo cargo de la Secretaría de Estado, sólo se puede tratar con los rusos y obtener algo de ellos cuando se tiene, aunque no se mencione, el argumento de la fuerza. En el desarrollo de esa política Estados Unidos no parece dispuesto a detenerse ni a contentarse con nada menos que un triunfo completo que reduzca a la URSS a sus antiguas fronteras.

¿ACUERDO PARA EL DESARME?



El 18 de mayo, la Comisión de Desarme de las Naciones Unidas, que funcionaba en Londres, acordó suspender por dos semanas sus sesiones y reanudarlas, pues, en los primeros días de junio en Nueva York. Esta Comisión está formada por Gran Bretaña, Canadá, Francia, Estados Unidos y Rusia y fué designada por las Naciones Unidas para ver si sus miembros, que son los principales interesados, podían lograr en reuniones restringidas y conversaciones secretas un acuerdo que se había demostrado impracticable en sucesivas reuniones de la Asamblea General de la institución internacional.

Ya a fines del año pasado se había logrado algún progreso. Luego, este año, las reuniones se prosiguieron en Londres y se acordó por unanimidad que ellas serían estrictamente secretas. El ambien-

te se echó a perder cuando los occidentales acusaron a Gromeyko de haber violado el secreto de las conversaciones con finalidades de propaganda.

Hasta el día once de Mayo, con todo, las diferencias que había entre los puntos de vista rusos y occidentales eran tan grandes como para no dar muchas esperanzas de llegar a un acuerdo. Ese día once, en Londres, los rusos presentaron una nueva proposición que significaba un progreso importante y que permitió entrever la posibilidad de una solución.

Hasta entonces, la base de discusión había sido un plan sobre el cual ya Francia e Inglaterra estaban de acuerdo y contaba con la adhesión de los otros dos occidentales. Ese plan, que sigue siendo valedero, es en realidad muy sensato. En sus grandes líneas, según él, deberían reducirse progresivamente los armamentos de tipo convencional hasta un volumen igual a la cuarta parte de los actuales. Sólo una vez que se hubiera llegado a ese nivel comenzaría el desarme atómico.

La posición rusa, en cambio, era totalmente diferente. Los comunistas han estado desarrollando una campaña mundial, aprovechando para ello el vehículo del partido, en pro de la prohibición inmediata de las armas atómicas. Se ha desarrollado en este sentido un movimiento semejante al de los partidarios de la paz y se han puesto de relieve los catastróficos efectos de la bomba H y de su pariente pobre, la bomba atómica. Todo lo que se diga de esos efectos es, por desgracia, muy cierto, pero ello no significa que la propaganda comunista sea honrada. Mientras en la URSS se toma toda clase de medidas para prevenir lo que se ha llamado por los mismos dirigentes soviéticos "la histeria atómica" se usan todos los resortes imaginables para provocarla en Occidente y para culpar de ello a los Estados Unidos, que acaban de terminar la serie de experimentos proyectados para 1955. Los norteamericanos han realizados sus experimentos públicamente, y el penúltimo, la explosión en la aldea artificial de Survival City, realizada el 6 de Mayo, hasta fué transmitido por televisión a todo el país. Los rusos en cambio, han estado realizando sus experimentos con su clásico sigilo y afirmando que en la URSS sólo se hacen experimentos con fines pacíficos, de acuerdo con el plan de "transformación de la naturaleza" que tanto ha servido para su propaganda. Sólo los ingenuos pueden creer esto, por mucha que sea la majadería de la propaganda comunista, que ha llegado en estas materias a un grado difícil de superar.

Pero, en fin, esto es ya otra historia. El hecho es que los comunistas desarrollaban una campaña

mundial para la prohibición de las armas atómicas y esa actitud estaba, por supuesto, en concordancia con la actitud asumida por los representantes rusos en la Conferencia de Londres. En las negociaciones de desarme el punto de vista ruso ha sido el que ante todo, se deben prohibir las armas atómicas, lisa y llanamente, y luego entrar a discutir sobre la reducción de los armamentos convencionales y sobre el control del desarme. Este plan ha sido siempre y con razón rechazado por los occidentales. En efecto, de este modo, el Occidente renunciaría a lo que es su principal medio para contener una eventual agresión soviética, y en cambio se deja a los rusos su incontrarrestable superioridad numérica, con más de 250 divisiones que podrían ocupar Europa entera hasta el Atlántico en una marcha arrolladora. Y aún ¿quién controlaría que, efectivamente, los rusos han dejado de fabricar bombas atómicas y destruido su stock de ellas? La cuestión del control del desarme es esencial y es evidente que ninguna de las grandes potencias, y en especial Rusia y los Estados Unidos llegaría a desarmarse si no estuviera segura de que la otra lo hace también. Esta seguridad sólo se puede obtener mediante un organismo dotado de efectivas facultades contraloras y formado por representantes que inspiren confianza. Tendrían que participar en ese organismo los mismos países que, ante todo, deben desarmarse.

Ahora bien, con gran sorpresa de los occidentales, en su plan presentado en Londres el 11 de mayo, los rusos admitieron la constitución de un organismo de control, con facultad para inspeccionar el celosamente guardado territorio de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, aceptaron el principio del desarme progresivo hasta llegar al tope por el cual Rusia, China y Estados Unidos tendrían un millón y medio de hombres sobre las armas, y Francia e Inglaterra, 660 mil hombres. Las dificultades surgieron acerca de la facultad que los rusos entienden reservarse en el seno del Consejo de Seguridad para vetar el empleo de las armas atómicas en determinados casos.

Por otra parte, el plan ruso contenía una serie de medidas de orden ya específicamente político y que escapan a la competencia de la Comisión de Desarme, referente al mantenimiento de tropas en Alemania y a la existencia de bases de los Estados Unidos en el exterior de este país. Todo ello sirve en realidad para indicar que el problema del desarme no puede resolverse fuera del contexto político y estratégico militar de la actual situación y que en realidad los progresos que pueda lograr la Comisión en sus sesiones futuras dependerán de

la forma en que progresen las conversaciones de los Cuatro Grandes con vistas a su conferencia en julio próximo y después de ella. En todo caso, la considerable aproximación de puntos de vista lograda en Londres hace una semana y que hace un año parecía sencillamente imposible, es un buen augurio para la reunión de los Cuatro Grandes.

LA LOCURA DE LOS HOMBRES



La importancia del desarme y de una distensión de la situación internacional, que permitiría emplear en forma productiva los inmensos recursos financieros y técnicos que hoy se emplean para precaver una guerra preparándola, es sencillamente incalculable. Hay más de mil millones de hombres que viven en condiciones subhumanas cuando se gastan sumas inimaginables en armamentos. Precisamente el 12 de mayo, la Cámara de Representantes de los Estados Unidos aprobó el presupuesto de defensa del país para el año fiscal, julio de 1955-junio de 1956. El monto total es de 31.488 millones de dólares. Si esta cifra se suma a las cantidades remanentes de años anteriores, que las fuerzas armadas no han empleado y tienen a su disposición, se llega a un total de 43.081 millones de dólares. Esta cantidad, reducida a pesos chilenos, al cambio libre, da la cifra astronómica y en el fondo incomprensible de unos 20.000 trillones de pesos. Quizá podría apprehenderse más fácilmente su monto si se calcula que con ella, reducida a billetes colorados de cien pesos, se podría tapizar íntegro el valle central de Chile, desde Aconcagua hasta Llanquihue y aún sobraría un poco para Chiloé.

Y una cifra igual, si no superior, gastan Rusia y sus recientes aliados de la conferencia de Varsovia, y las potencias aliadas de los Estados Unidos que forman la organización del Tratado del Atlántico Norte.

Por otro lado, y a pesar de todo lo que se diga sobre la política de "disuasión" sobre la cual se basa el desarrollo de la bomba H, el que dispone de un arma termina por emplearla, aunque no sea sino como recurso desesperado. Precisamente el jefe de la delegación francesa en la Conferencia de desarme y ex ministro de Defensa Nacional de Francia, M. Jules Moch publicó a fines del año pasado un libro impresionante, titulado "La locura de los hombres" en el cual expone, primero, la capacidad destructora de los armamentos modernos y luego,

las negociaciones para obtener el desarme. El conocimiento de la capacidad destructiva de los armamentos atómicos y la imposibilidad de defenderse contra los proyectiles dirigidos a control remoto, y que pueden llevar una carga atómica, tiene o tendría que forzar a los dirigentes de los pueblos a llegar a un entendimiento si no fuera, precisamente, por "la locura de los hombres". El examen que hace M. Moch o que hiciera cualquier hombre por bien informado que esté, queda, sin embargo, anticuado a poco que el examen se haga o se publique. Día a día van apareciendo armas más perfeccionadas. Lo único que hasta ahora no se ve que las defensas progresen en escala semejante a los medios de ataque. En la larga lucha entre la coraza y el cañón que constituye la historia de la técnica guerrera, el cañón parece haber vencido definitivamente. No hay coraza capaz de proteger contra la bomba H. y el único remedio es el entendimiento entre los pueblos. Un solo ejemplo es suficientemente revelador. Está contenido en dos de los diagramas que ilustran el libro del jefe de la delegación francesa a la conferencia de desarme. Según un diagrama, si cayera una bomba atómica semejante a la de Hiroshima sobre el centro de París, en un radio de 2 kilómetros habría grandes destrucciones y millares de muertes. Hasta en un radio de 3 kms., incluso, los edificios quedarían se-

riamente dañados. Pero en los suburbios de París, nada pasaría. Como si cayera una bomba en el Barrio Cívico de Santiago, los habitantes del barrio Estación Central o de Pedro de Valdivia sentirían, aparte del ruido y del susto, un gran calor. En cambio, con una bomba H que cayera, continuando con nuestro ejemplo en el Barrio Cívico, quedaría todo Santiago destruido en un radio de 15 kms. Fuera de este círculo mortal, habría un anillo de otros 15 kms. dentro del cual se producirían destrucciones graves, con las consiguientes pérdidas de vidas. Basta decir, en fin, que una bomba H. produciría víctimas más o menos graves sobre un círculo de 40.000 kilómetros cuadrados de superficie, o sea, en el hecho, en nuestro caso, sobre las provincias de Santiago, Valparaíso, Aconcagua y O'Higgins. Como se ve, el asunto de la bomba H es más que meramente académico. Hay que llegar, pues, a un arreglo, pero sin olvidar que de nada sirve evitar la bomba H si se pierde la libertad que da su razón a la vida. Es el problema que se tratará de resolver cuando se reanuden en pocos días más las reuniones de la Comisión de Desarme en Nueva York. Todo, sin embargo, dependerá del acuerdo que pueda lograrse cuando los Cuatro Grandes se encuentran en un punto todavía indeterminado y en una fecha que tampoco ha sido fijada.



UN MENSAJE DE CONFRATERNIDAD A LOS DEMOCRATAS ARGENTINOS

Texto del discurso pronunciado por el Presidente de la Falange Nacional, diputado don Rafael Agustín Gumucio, en la sesión de la Cámara de Diputados celebrada el 12 de Mayo de 1955.

“Hago uso de la palabra en esta oportunidad, cumpliendo un deber de demócrata y de cristiano, para denunciar en este hemisferio, la política totalitaria que desarrollan varios dictadores latinoamericanos, especialmente la que realiza en la República de Argentina, su Presidente el general Juan Domingo Perón.

“Con decisión y claridad, el socialcristianismo ha luchado en Chile por separar lo espiritual de lo reaccionario. Esta actitud ha contribuido en forma efectiva a que no exista en Chile lucha religiosa. Con igual decisión y claridad declaramos hoy que los principios ideológicos que nos unen a los demócratas cristianos argentinos, nos obligan, en estos momentos de dura prueba, a solidarizarnos con ellos. Queremos tomar las herramientas que nos da la democracia chilena, como es usar esta tribuna digna y libertaria, para darles el apoyo moral que su noble causa merece. Es este un mensaje de confraternidad y de respaldo a los demócratas cristianos de Argentina, que brota sincero aguende los Andes de los socialcristianos de Chile.

“Nadie nos puede acusar de oportunismo o inconsecuencia. Hemos repudiado por igual a todas las dictaduras, sean ellas rojas, blancas o pardas. Cualesquiera que sean los pretextos que se dan para instaurarlas o mantenerlas, estaremos en contra; no importa que algunas se disfracen de defensoras de la fe o defensoras del pueblo: nosotros estamos contra todas las dictaduras. Esta limpia actitud

nos da autoridad moral en esta ocasión para denunciar las actitudes atentatorias a los derechos del hombre y a la dignidad humana que realiza el dictador argentino.

“Es difícil explicarse las causas que motivan la furia del peronismo contra la democracia cristiana en Argentina. Pero hay una que, a mi juicio, es la más importante: es el crecimiento del socialcristianismo en el país vecino, que está creando la primera oposición exitosa contra el justicialismo.

“Para aplastar la naciente oposición, se han liquidado unas tras otras las publicaciones socialcristianas. Fué clausurada la Editorial Difusión, fué expropiado el diario “El Pueblo”, después de haberle suprimido las cuotas de papel. Fueron suprimidas las audiciones radiales. Hay 1.130 estudiantes presos. Se expulsó a los profesores católicos de la Universidad de Córdoba.

“Igual cosa está sucediendo en Venezuela donde el coronel Carlos Pérez Jiménez ha iniciado también una violenta campaña persecutoria contra el partido de oposición que es el COPEI, partido de inspiración socialcristiana.

“Ante toda esta iniquidad nosotros esperamos que la opinión pública de Chile reaccione con virilidad. Y así como nosotros hemos acompañado en tantas ocasiones a protestar contra la arbitrariedad que se comete con los que no piensan igual que nosotros, así también esperamos que ahora se nos acompañe a denunciar a los nuevos Nerones de América latina”.

LA PERSECUCION RELIGIOSA EN ARGENTINA

Por Alejandro Magnet

Discurso pronunciado en el Teatro Real de Santiago durante el acto conmemorativo de las Encíclicas Sociales, el 15 de mayo de de 1955, patrocinado por la ASICH (Acción Sindical Chilena) en colaboración con organizaciones universitarias y gremiales cristianas (FEUC, JOC, UNGEOFIC, etc.) y que fuera presidido por S. E. el Cardenal Arzobispo de Santiago José María Caro.

Eminentísimo señor Cardenal
Señoras, señores.

He sido invitado a hablar también — y a mucha honra lo tengo — en este acto en que se conmemora la dictación de las encíclicas sociales de los Papas y se celebra el Día del Trabajo Cristiano. Se me ha pedido que hable sobre un tema bien preciso: la persecución religiosa o, más exactamente, del catolicismo, en la Argentina justicialista. Parecería quizás, a primera vista, que no hay relación entre esta materia y la celebración que aquí nos reúne. Podría creerse que se trata sólo de aprovechar una oportunidad en que católicos chilenos se reúnen públicamente, para expresar a nuestros hermanos en la fe la profunda solidaridad que objetivamente nos une a ellos y que subjetivamente sentimos en estos momentos que padecen persecución y son difamados y no se les permite defenderse. Si así no más fuera, si sólo se tratara de un acto de solidaridad, nada sería más lógico e inobjetable que la oportunidad o pertinencia de lo que aquí diga, de acuerdo con la invitación que se me ha hecho. Pero hay más, y creo que vale la pena insistir en que no sólo es pertinente que aquí se hable de la persecución que sufren los católicos argentinos y la Iglesia misma en ese país, sino en que sería casi inexcusable que no se hablase de ello en una ocasión como ésta. Por lo mismo no podía yo negarme y puesto que estoy aquí en cumplimiento de un deber, pido benevolencia para mis palabras. Creo que no sería lo mismo si actuara como una especie de profesional del antiperonismo. No se trata de eso sino de algo mucho más serio e imperativo.

¿Por qué, pues, conviene que en esta oportunidad se hable de la persecución a la Iglesia Católica en la Argentina justicialista? Porque existe

una estrecha relación entre ese hecho y nuestra actitud ante ese hecho y la celebración de hoy. ¿Acaso no son las encíclicas sociales de los Papas un llamado y un mandato a los católicos para tomar conciencia del mundo en que viven y de sus dramáticas circunstancias, para actuar frente a ellas de acuerdo con la verdad eterna actualizada en la forma que esas circunstancias exigen? El cristiano no debe conocer los signos de los tiempos y estar atento a ellos. No lo digo yo. Está escrito ya que el que mira al cielo podrá ver que habrá tempestad si lo ve cubierto y encendido; y mirando a la tierra, conocer que el verano se acerca si las ramas de la higuera están ya tiernas y brotan las hojas.

El mundo está brotando todos los días en torno a nosotros. Miles de higueras y las que no dan fruto son las que echan más hojas. ¿Acaso los católicos argentinos no están siendo perseguidos porque trataron de actuar en la forma que la Verdad y los tiempos exigían de ellos? Si no fuera así no habrían merecido la persecución.

* * *

Esta historia a la vez grotesca y gloriosa — y éste es el misterio — no es nueva. Una vez más se ha producido el choque inevitable entre un Estado totalitario que pretende apoderarse enteramente del hombre y una Iglesia que no podría existir si el hombre no fuera ciudadano de dos mundos irreductibles. Hace ya meses, un diario italiano señalaba: "La dictadura parece confirmar también en este episodio su ley de triste fatalidad: en cierto momento resulta intolerante de la obra de educación cristiana y humana de la Iglesia; se vuelve celosa de la influencia que la Iglesia con arreglo a su divino mandato ejerce sobre las almas, y entonces, más o menos solapadamente, más o menos

clamorosamente, arroja su máscara y de las veleidades césaropapistas de indevido y no solicitado proteccionismo religioso, pasa al conflicto abierto, a la persecución declarada".

Esta es la raíz última de la pugna profunda que tiene lugar en la Argentina, que comenzó a manifestarse en septiembre del año pasado. El 29 de ese mes el general Perón pronunció un discurso en el que delimitó los campos respectivos del sindicalismo justicialista y de la Iglesia Católica, al menos tal como él los entiende. Y es precisamente un signo de los tiempos que el choque se haya producido en este campo. "Queremos sindicatos gremiales, no queremos sindicatos políticos" dijo el general Perón. Y el diario "La Epoca", que se subtitula "órgano de la Revolución Nacional" comunicaba a sus lectores que "ante los delegados de Industrias Químicas y Afines y de la Unión Molinera Argentina, el jefe del Movimiento, general Juan Perón señaló con el índice de la mano derecha los grupos macabros que se proponen sembrar en la organización sindical, confusión, mechando trasnochados conceptos de la religión militante y enconos de la burguesía desplazada del poder por inútil y sorda al corazón social".

Aquí estaba dado ya el tono que se emplearía. El problema mismo lo planteaba el diario peronista "Democracia" al decir que "el culto del gremialismo se practica en los sindicatos. El culto de la religión católica en las iglesias. Si el proselitismo se lleva a los sindicatos, por lo improcedente significa tanto como intervenir en una acción que se debilita en la distracción de su objetivo específico. Y si se la debilita no es por un motivo religioso sino político. En este caso, el agente provocador para actuar se ampara en el nombre de Dios, con el mismo fin con que otros disociadores se amparan en la memoria de Stalin, o del partido conservador. El propósito es siempre el mismo".

Hasta aquí los conceptos de "Democracia". No sé si deba pedir perdón por estar hablando a veces en forma un poco confusa, pero es que estoy citando párrafos de la prensa justicialista. Estoy eligiendo de propósito las declaraciones más netas, no las más características de la nueva ralea de teólogos que ha formado el justicialismo. Estos hablan, por ejemplo, de que "el cristianismo esencial trata un sistema de verdades instauradas por la aplicación devocional y religiosa que la acatamos en su verdadera esfera pedagógica para la filosofía del espíritu, pero la separamos, no rechazamos, de toda política doctrinaria" ("La Epoca").

Por lo menos, el general Perón ha tenido siem-

pre el mérito de ser más claro que sus comentaristas. "En la organización sindical —dijo en su discurso del 29 de septiembre— hay un solo sentido y un solo sentimiento: hacer sindicalismo. La propaganda política y religiosa debe hacerse fuera del sindicato, si se desea".

Pero estas terminantes declaraciones no dejan de estar en contradicción con otras mucho más verdaderas que había hecho el 19 de diciembre de 1950: "Tengo los sindicatos que son fuertes y poderosos, que me apoyan; pero no me apoyan por apoyarme a mí sino por apoyarse ellos mismos, porque el justicialismo depende del sindicalismo, y el día que éste le quitara el apoyo, el justicialismo se viene abajo".

De este modo, pues, no hay necesidad de ser un lince para darse cuenta de que el régimen justicialista no puede permitir ninguna intromisión de ningún orden en la estructura de los sindicatos, que él necesita monopolizar, constituir en masa monolítica. A eso se le llama no hacer política en los sindicatos: a no permitir que se introduzca una idea o un interés distintos de las ideas y los intereses políticos del gobierno. El general Perón no se ha cansado de repetir que su régimen conduce a la instauración de un Estado sindicalista. La verdad es que está basado en un sindicalismo de Estado, que es precisamente todo lo contrario de un "Estado Sindicalista" y uno de los instrumentos y características de un Estado totalitario y algo que la Iglesia y los trabajadores cristianos o simplemente conscientes de su dignidad humana y obrera no pueden aceptar.

Aquí está, precisamente, uno de los signos más alentadores de lo que ocurre en la Argentina del general Perón: que el choque entre la Iglesia y el Estado totalitario se haya producido originariamente en el terreno de la organización sindical, defendiendo los católicos la libertad sindical, la conciencia y los intereses de los obreros frente a la prepotencia avasalladora de un Estado que se ha extralimitado de su campo de acción específica.

No creo, por lo demás, que sea necesario insistir en el detalle de toda la monstruosa organización montada por el régimen peronista desde sus comienzos en 1945, para adquirir y mantener su monopolio sindical y para dejar al movimiento obrero de todo el país, estructurado en la C.G.T., legal y prácticamente maniatado al servicio de los intereses y finalidades políticas del gobierno y el Estado.

Tampoco interesa seguir luego en todos sus detalles el desarrollo de la política peronista antica-

tólica. El discurso del 29 de septiembre fué sólo una primera campanada contra los católicos que tratando de vivir su fe en todos los actos de la vida y no sólo en la penumbra de las sacristías como quería el peronismo, habían querido actuar como católicos en la vida sindical y en la vida política. El paso siguiente se dió con el famoso discurso que el general Perón dijo el 10 de noviembre en una reunión de dirigentes del Partido Peronista de todo el país, convocados especialmente. Fué entonces cuando anunció en un estilo más bien insólito en el primer mandatario de una nación civilizada, que todo aquel "bochinche" lo armaban "cuatro o cinco gatos locos o unos treinta curitas entrometidos". "Tengo organizaciones peronistas que me están pidiendo piedra libre hace más de un mes —dijo— pero ¿Para qué vamos a gastar pólvora en chimangos?". Luego pidió que lo dejaran a él —al general Perón— arreglarlo todo. "Si en una semana no ha terminado, entonces las medidas voy a tomarlas yo después. Pero verán que esto se va a acabar en buena forma".

Al mismo tiempo, y de acuerdo con una táctica ya experimentada en los países comunistas e incluso más vieja, el general Perón aclaró que él era católico y no perseguía a la Iglesia. Contra la Iglesia no tenía nada, ni tiene nada —esto lo repitió aún hace un par de semanas— sino que no podía aceptar que malos sacerdotes que, según él, habían sido desautorizados por sus obispos estuvieran actuando donde no debían y creándole dificultades políticas. Es con esta misma argumentación que en las democracias populares se ha destruido materialmente a la Iglesia. Y, en cierto sentido, al menos desde el punto de vista totalitario, tanto el general Perón como los comunistas tienen razón, ya que en el mundo totalitario, en el cual nada existe sino en función del Estado, todo es político. Pero eso mismo es una prueba de su totalitarismo.

A estas alturas uno tiene que preguntarse hasta qué punto la nueva actitud asumida por el general Perón correspondía a un plan meditado cuyo desarrollo estaba más o menos previsto. Es evidente que, de acuerdo con la táctica ya señalada, se trató en un comienzo de restarle importancia al asunto, indicando que todo era causado por unos cuantos curas entrometidos en política y, como decía la prensa peronista, de unos cuantos jovencitos bien y rancios oligarcas que disfrazaban con la religión sus deseos de desquite. Por eso mismo había que sostener que no había conflicto ninguno con la Iglesia. Por otra parte, quizás pudo pensarse que la Iglesia argentina se iba a atemorizar

y retroceder ante el autócrata, sometiéndose. El hecho es que se incurrió en actitudes que si en aquellos comienzos pudieron desconcertar, no demoraron en aparecer como ridículas y constituirse en muestras de la seriedad moral del régimen. Las representaciones diplomáticas de la Argentina, especialmente en la América Latina, en el mes de noviembre, hicieron declaraciones similares a una publicada en Santiago, y en la cual se expresaba con todo desenfado que "con propósitos tendenciosos se está haciendo circular en el exterior la versión de que se ha planteado o existe un conflicto entre la Iglesia Católica y el gobierno argentino. Nada más ajeno a la realidad de los hechos y la circunstancia de lo acontecido. Se trata de una información falsa, desprovista de sentido". Y en abono de esta afirmación se recordaba que el general Perón es un ferviente católico porque en 1951 propició un Congreso Franciscano Asuncionista que se celebró en Buenos Aires y porque fué "el único jefe de Estado que en forma oficial elevó a la Santa Sede el pedido de la declaración dogmática de la Asunción de la Santísima Virgen".

Sin embargo de esta conmovedora profesión de fe y de que se trataba de "informaciones falsas y desprovistas de sentido", la persecución comenzó a tomar cuerpo en la Argentina, siempre de acuerdo con la misma línea tortuosa e hipócrita. El gobierno era católico y sólo tenía dificultades con los curas entrometidos; en todo caso, las autoridades se mantenían dentro de la ley. Pero, al mismo tiempo, se inició una campaña de prensa cuya unanimidad es una nueva prueba del control que ejerce la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, para atacar al clero, deshonorarlo, presentarlo como inmoral, corruptor, codicioso y retrógrado. Un día era un padre que se presentaba a la policía acusando al cura párroco de haber corrompido a su hijo, alumno de la escuela parroquial. Al día siguiente, una madre, con su hija. Después, era un arrendatario, a quien el cura, propietario de la casa, le había cortado un dedo de un mordisco porque no le había pagado el alquiler. Estas historias eran y son machaconamente repetidas por la prensa. Lo profeso se combinaba con lo villano. Individuos disfrazados de sacerdotes se mostraban acompañados de mujerzuelas y según denunció un diario de Montevideo se hizo una redada de invertidos y se les obligó a todos a llevar la insignia de la Acción Católica. Por otro lado, en las caricaturas de diarios como "Crítica", "Democracia", "La Epoca", etc. los sacerdotes y católicos eran mostrados como monjes obesos, solteronas ri-

dículas o jovencitos afeminados. Todo esto servía y sigue sirviendo para crear el ambiente.

Pero entre tanto se preparaba el ambiente principiaban a ponerse en obra las medidas básicas: la separación de la Iglesia y el Estado y el completo control de la educación por el Estado, con la eliminación de la enseñanza religiosa en las escuelas fiscales y la progresiva destrucción de la enseñanza particular, que es impartida en su gran mayoría por órdenes o congregaciones religiosas católicas. Todo esto fué acompañado muy hábilmente de una serie de medidas para impedir las manifestaciones de fe católica que pudieran constituir a la vez manifestaciones de protesta y de fuerza y dar lugar a incidentes capaces de encender más los ánimos contra las autoridades. El 15 de diciembre se presentó un proyecto de ley para prohibir todas las reuniones al aire libre que no fueren ceremonias patrióticas oficiales, asambleas de trabajadores o reuniones deportivas y de diversión. Esto eliminaba automáticamente las procesiones, misas de campaña, etc. Una semana más tarde, el proyecto se convertía en ley.

Pero como el Ejecutivo y su brazo policial son omnipotentes en la Argentina de hoy, ya antes de la dictación de la ley se habían tomado las medidas necesarias para impedir las reuniones católicas. Así se prohibió la misa de campaña con que se iba a clausurar el 8 de diciembre el Año Mariano. A pesar de todo, 100.000 personas se reunieron frente a la Catedral de Buenos Aires y sólo 2.000 fueron a esperar, junto con Perón, a Pascualito Pérez, campeón peso mosca, a quien se le había preparado una recepción monstruo con todos los medios del caso.

Así también, y salvo excepciones, no se han permitido hasta el momento las procesiones y manifestaciones semejantes, en tanto continúan, por otro lado, las reuniones peronistas en que se ahorcan muñecos vestidos de sacerdotes o se ostentan carteles con las leyendas de "Matar a un cura es matar un perro" o "Perón sí, curas no", o se permiten las reuniones de otros cultos, como el protestante, incluso cuando se trata de asambleas organizadas por el charlatán Mr. Hicks.

Esas medidas se han complementado con otras como la liquidación total de las audiciones radiales de carácter religioso, el retiro de las películas en que la religión o sus sacerdotes son presentados bajo un aspecto favorable y hasta, en la última Navidad, la prohibición de todo lo que pudiera recordar el carácter religioso de la festividad.

Paralelamente, ya en el mes de diciembre, el

Congreso aprobó entre gallos y medianoche un proyecto del Ejecutivo por el cual se establecía el divorcio. Esta ley fué complementada por otra que ha permitido la reapertura de los prostíbulos —para que la juventud no tenga complejos, dice la prensa peronista— y por las medidas del Ministerio de Educación que han convertido a la UES o Unión de Estudiantes Secundarios —hombres y mujeres— en organismo de espionaje de las autoridades en el seno de los hogares. En efecto, los miembros de la UES, muchachos y muchachas de 12 a 18 años, más o menos, son considerados miembros del Partido Peronista y tienen la obligación de dar cuenta a sus superiores de las críticas al gobierno que adviertan, tanto en sus casas como en cualquiera otra parte. Incluso han sido provistos de formularios especiales para esto. Un o una estudiante secundaria puede ingresar a la UES aun contra la voluntad de sus padres y por las garantías de que gozan, son ya el terror de sus profesores. 15.000 miembros de la UES de Buenos Aires concurrieron a aclamar a Perón en el Luna Park, el 11 de mayo, y a recibir automóviles y motonetas de premio. Como es fácil apreciarlo, todas éstas son medidas que favorecen la buena constitución de la familia y, por ende, la formación moral de la juventud.

Pero las medidas de mayores proyecciones en esta materia se han tomado en el terreno de la educación. El Congreso acaba de aprobar una ley por la cual se prohíbe la educación religiosa en las escuelas fiscales de la Nación. En diciembre de 1943, el gobierno militar que encabezaba entonces el general Ramírez, había establecido por decreto la instrucción religiosa obligatoria en las escuelas y Perón lo hizo confirmar por ley en 1947. Producida la pugna con la Iglesia, un decreto del Ministerio de Educación, el 17 de noviembre último, ordenó que la Fundación Eva Perón designaría "Consejeros Espirituales" laicos para todas las escuelas primarias y secundarias del país, y dos semanas más tarde, un nuevo decreto quitó a los obispos la facultad de controlar el nombramiento de profesores de catecismo en las escuelas y se la entregó a la Oficina de Sanidad Escolar. Después se estableció, también por decreto, que los alumnos podrían ser promovidos al curso superior aunque no hubiesen sido aprobados en el ramo de instrucción religiosa. Otro decreto, del 14 de abril, suspendió la enseñanza religiosa y ahora la ley ha venido a abolirla definitivamente.

Todo esto ha creado graves problemas de orden práctico, que tendrá que resolver, si es que puede, el régimen peronista. Inquietos por la campaña an-

ticatólica y temerosos de que sus hijos se quedaran a mitad de año o antes sin colegio, muchos padres los retiraron de los establecimientos particulares y los matricularon en los fiscales. Así, éstos, han iniciado el año escolar de 1955 con una matrícula extra de 120 o 130.000 alumnos, que no tienen cabida en los edificios existentes ni tienen profesores suficientes. La preparación en las escuelas normales se abreviará en un año, con las consecuencias que es posible imaginar.

Por otro lado, para liquidar la educación particular, no sólo se les ha quitado una tercera parte de sus alumnos haciéndolos matricularse en escuelas fiscales por el temor, sino que se les ha acusado de defraudaciones hasta ahora no precisadas, por más de 4 millones de nacionales, y se les ha suspendido las asignaciones por un valor total de 84 millones anuales que se le concedía por ley. Entre tanto, ya se ha comenzado a tramitar y se promulgará en pocos días más la ley que privará a la Iglesia y sus establecimientos de toda exención tributaria, no sólo en lo sucesivo sino con efecto retroactivo desde el mes de mayo pasado. Esto significa, prácticamente, acabar con la enseñanza religiosa en la Argentina. Puede presumirse que sólo podrán sobrevivir los colegios en situación de cobrar sumas elevadas a sus alumnos.

Lo más grave de todo esto es que, al mismo tiempo, se ha intensificado lo que, violentando el lenguaje, habría que llamar la formación peronista de los niños y la juventud. Quien haya podido ver un silabario o un libro de lectura argentino, ha tenido que sentirse desolado. El niño no principia por aprender la clásica lección del "ojo" o "la mano". El libro de lectura para primer grado inferior se llama "Evita". Su primera página está ocupada por un retrato en colores de "Juan Perón, Libertador de la República", la segunda, por una de "Eva Perón, jefa espiritual de la Nación"; la tercera ostenta dos retratos de esta misma señora y dos líneas de escritura; en una dice "Eva" y en otra dice "Evita". En la página siguiente se muestra al mismo personaje rodeada de tres niños y la leyenda "Evita mira a la nena". "El nene mira a Evita" y así sucesivamente. No hay necesidad de comentarios.

Todas las declaraciones y publicaciones habidas últimamente han servido para dejar en claro, muy explícitamente, la inspiración y las aspiraciones totalitarias del régimen peronista. Ya hace tiempo el general Perón había dicho: "Hemos tratado de crear una verdadera mística, no para utilizarla solamente en el campo político, como algunos creen, sino porque yo no concibo una nacionalidad sin una

mística nacional, conformada por una verdadera mística en todos los grandes principios unitarios que el país sigue en su orientación de gobierno, de organización y de acción en la vida nacional. Es decir, una doctrina que todos seguimos porque todos la sentimos y por la cual estamos dispuestos a sacrificar todo y a realizar cualquier esfuerzo, porque el triunfo de esa mística es el triunfo de la nacionalidad, y creo que estamos viviendo tiempos en que nadie que sea verdaderamente un argentino puede no desear el triunfo de nuestra propia nacionalidad".

Este nacionalismo desenfrenado y místico, combinado con el culto idolátrico de la persona del caudillo, ha llevado a decir en esta crisis que "un dirigente peronista tiene que ser peronista antes que nada". Y el secretario general de la C.G.T., compañero Vuletich, que ha tratado de hacer escuela en Chile, ha dicho sobriamente: "Somos amigos de Dios porque somos amigos de la doctrina peronista y porque consideramos que si hay un solo hombre que pudo predicar la doctrina de Perón antes de Perón, ese hombre era Dios, precisamente".

Ya no se trata sólo de utilizar la religión como instrumento de la política sino de substituir una religión a otra, anonadando espiritualmente a las masas mediante el terror policial y la uniformización del pensamiento gracias a la propaganda machacona y el monopolio de la educación. En esa tarea es evidente que el gran enemigo es el catolicismo. Mientras él no sea destruido y arrancado del alma de un pueblo, ningún régimen totalitario estará seguro; su poder será sólo externo, no logrará dominar las conciencias, moldeándolas o modelándolas desde la más tierna infancia. A medida que en los locales públicos de la Argentina peronista comienzan a desaparecer los crucifijos y las imágenes de la Virgen, otro objeto de culto se les substituye. En una circular el ya mencionado señor Vuletich daba cuenta del acuerdo tomado por el Comité Central de la C.G.T. en el sentido de proceder —son términos textuales— "en todos los locales sindicales, lugares de trabajo y demás círculos de actividades de los trabajadores a la entronización de bustos o efigies de nuestra mártir del trabajo; este homenaje tan natural como elocuente debe revestir un carácter supremo y debe probar por sobre todo la modestia, virtud que ha caracterizado a la Jefa espiritual de la Nación en todo el trayecto de su abnegada y piadosa existencia" y agregaba: "También es necesario recordar la absoluta prescindencia de toda imagen religiosa". Y para no insistir más sobre este punto, señoras y señores, creo que bas-

tará que lea aquí la oración blasfema inscrita en una estampa de la señora Eva Duarte que circula en la Argentina y en la cual aparece la cabeza de la difunta rodeada de una aureola. Dice así la oración: "Dios te salve, María Eva, llena eres de gracia, todo el pueblo es contigo; bendita tú eres entre los niños, los hombres y las mujeres y bendito es el fruto de tu ingenio: "La razón de mi vida". Santa María Eva, madre del justicialismo, ruega por nosotros los trabajadores, ahora y... más en la hora de nuestras reivindicaciones. Amén".

¡Es esto lo que se quiere enseñar a rezar a los niños argentinos! A los que lo enseñaren más les valiera no haber nacido.

A todo esto se llegado por la lógica terrible de los hechos, por la fuerza que anida en ellos, más bien, en las ideas que los engendran y que se desarrollan y proliferan en forma que los hombres que las ponen en circulación no pueden controlar. Cada dictador es, en el fondo, un pobre aprendiz de brujo que evoca fuerzas demoníacas.

En su notable biografía de Richelieu, Hilaire Belloc anotó hace tiempo que con la ruptura de la cristiandad, al comienzo de los tiempos modernos, "la religión única fué substituída por la adoración del propio país. Esta nueva religión —dice— maduró lentamente... y sólo alcanzó sus éxtasis extremos en tiempos muy recientes. Empezó más bien como una devoción al príncipe y no a la Nación. En seguida se desarrolló el ardor por los propios contornos y, por fin, en su última etapa, vino el servicio exaltado de una personalidad o de un ídolo imaginario, que representaba al país, acompañado según la moda de todas las religiones, de ceremonias, rituales y símbolos inviolables".

¿No es eso lo que ha sucedido en la Argentina como trasplante de una semilla que ya ha dado en Europa frutos de muerte?

Es por eso también, que en el plano puramente histórico, pesa sobre los católicos argentinos una pesada responsabilidad y se les abre, a la vez, una magnífica posibilidad: la de salvar el alma de su país permaneciendo fieles al destino de la propia.

Todo esto es más dramático y hasta hay una ironía de la historia, que es, en último término, una forma de la Providencia, si se considera que la Iglesia argentina está siendo sacrificada como víctima propiciatoria del nacionalismo. Si la causa remota de lo que sucede junto a nuestras fronteras es, digamos así, del orden metafísico, la causa próxima es de orden estrictamente político. Permítanme Uds. que antes de terminar toque este punto que

creo debe interesarnos especialmente a los chilenos.

Los regímenes políticos de la estructura del peronismo necesitan permanentemente de un enemigo exterior que, infiltrado o buscando infiltrarse en la nación, les sirva de chivo emisario. El fascismo tuvo como tal al comunismo y a las potencias satisfechas de la Liga de las Naciones. Hitler y el nacismo actuaron en función de dos enemigos: el bolchevismo y los judíos. El soviétismo ruso culpa de todo al imperialismo capitalista. Durante diez años, el nacionalismo peronista tuvo su enemigo y su chivo emisario en el imperialismo económico y especialmente en el imperialismo norteamericano. Cuando el general Perón se hizo cargo del poder, su país tenía reservas de divisas por la increíble cantidad de 1.700 millones de dólares, el 62% del total de las disponibilidades de toda América Latina. Con esa riqueza se inició una desatinada política de nacionalizaciones, no estudiada con criterio técnico sino meramente político, para crearle una plataforma al gobierno, un respaldo en la opinión mediante la exaltación del orgullo nacional. Los ferrocarriles eran ahora argentinos, argentinos los teléfonos, el gas, las instalaciones portuarias, argentinos los acreedores del Estado. Gracias a Perón la Argentina no le debía un centavo a nadie y era dueña absoluta de todas sus riquezas. Hace 10 años que eso se está enseñando en las escuelas desde el silabario. En 1949 se dictó la nueva Constitución Justicialista y se introdujo en ella un artículo especial, el 40, que estableció que "los minerales, las caídas de agua y las demás fuentes naturales de energía con excepción de las vegetales son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación, con la correspondiente participación en su producto, que se convendrá con las Provincias". El general Perón decía que se cortaría una mano antes que pedir un empréstito extranjero. Durante diez años ha estado declamando contra el imperialismo norteamericano y contra los malos argentinos que vendían las riquezas de su patria al extranjero. Al cabo de diez años su gestión económica ha sido un fracaso. La agricultura y la ganadería argentina han retrocedido relativamente y la industrialización no ha rendido los frutos que se esperaban y que ha hecho creer la propaganda. En 1953 recibió en andas a Mr. Milton Eisenhower, dictó una ley para favorecer las inversiones extranjeras y entró en tratos con los petroleros norteamericanos —con la "Atlas Corp." de Mr. Floyd Odlum y con la Standard Oil— para que extrajeran del suelo argentino el petróleo que su gobierno no había po-

dido sacar con dos planes quinquenales. Pero la ley de inversiones extranjeras ha sido un fracaso —dió en 1954 nada más que doce millones de dólares de inversiones, una bicoca— y los petroleros exigen concesiones que a su vez exigen el desaparecimiento del famoso artículo 40 y una reforma constitucional. ¿Cómo hacerle pasar esto a un país que es naturalmente muy nacionalista y al cual se le ha dopado con consignas durante un decenio? Se necesitaba una cortina de humo. Por lo demás, prescindiendo de este aspecto, la situación económico-social es mala. "La Argentina del general Perón es un país en desastre económico". No lo afirmo yo, por cierto. Lo escribió para "The New York Times" del 8 de abril su corresponsal especial H. Matthews, que estuvo dos meses en ese país y examina los diversos aspectos de la economía peronista: los presupuestos definanciados, la seria situación de los cambios, el sistema impositivo atrasado y el apoderamiento sistemático por el Estado de los fondos de la previsión social. Junto a eso, el alza del costo de la vida muy superior al alza de los salarios. Si Yacimientos Petrolíferos Fiscales será entregado al control de Mr. Adlum, si el señor Onassis se hará cargo de la Flota Mercante del Estado, si la amistad de los Estados Unidos es preciosa y debe mantenerse a toda costa para obtener dólares, había que buscar un nuevo enemigo y crear un tema de diversión psicológica. Llevado por la dialéctica de su régimen, el general Perón también cayó en el error de preguntar cuántas divisiones o cuántos millones de dólares tiene el Vaticano, que es ahora presentado por la prensa peronista como el autor de sombrías maquinaciones contra la Nueva Argentina, en tanto el clero y los católicos argentinos traían de destruir la unidad nacional y extender sus oscuras influencias.

De no ser los católicos los sacrificados, el régimen peronista hubiera tenido que caer como último recurso en el conflicto exterior, recurso, por cierto, desesperado. Y en este sentido quizá la Iglesia argentina nos haya ahorrado a los chilenos más de alguna preocupación muy terrena.

Por lo demás, ya sabemos que Dios escribe derecho con rasgos torcidos. La historia es esa escritura. Haciendo aparentemente un comentario de un libro que pinta en "el octavo día" el advenimiento de una terrible persecución, pero refiriéndose realmente a lo que sucede en su patria, un admirable argentino, Mons. Franceschi escribía en su revista "Criterio":

"Una purificación es, en efecto, necesaria. Se ha contado demasiado con medios mundanos: apoyo del Estado, apoyo de la riqueza, honores profanos. En la Iglesia han entrado hombres demasiado débiles, y un número crecido de individuos para quienes la práctica religiosa no pasaba de ser un seguro contra el infierno y gentes que procuraban unir la piedad con las flaquezas humanas menos justificables. La persecución es una poderosa y saludable zarampa que según la comparación evangélica, separa la paja del trigo. En virtud de ella el número de miembros de la Iglesia disminuye, pero su valor se acrecienta, el sufrimiento y la exigencia del esfuerzo aumentan el sentido de la vida cristiana, el apostolado se desarrolla en sus formas más profundas, y es un hecho que una Iglesia probada de ese modo cobra una vitalidad extraordinaria. Testigo México, donde después de la persecución entablada por el dictador Calles el catolicismo ha florecido más que nunca. Y así viene aconteciendo de dos mil años a esta parte: La palabra de Cristo no falla: las fuerzas del infierno no prevalecerán".



EL PADRE HURTADO Y EL SOCIAL CRISTIANISMO CHILENO *

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

Alejandro Magnet es un escritor que surgió de pronto, como quien dice, rompiendo todos los "records". Su libro **"Nuestros vecinos Justicialistas"**, alcanzó en menos de un año seis ediciones; hoy, a menos de veinte meses de su aparición cuenta ya con nueve ediciones. Como la obra está escrita en un estilo sobrio y animado, muy a lo francés, alguien dijo que el autor había sido ayudado por otros. Cuando uno conoce a Magnet se da cuenta de que semejante imputación, desprovista, por lo demás de todo fundamento, es uno de los riesgos anejos al éxito.

Hace unas semanas, Magnet lanzó otro libro, en apariencia beato: **"El Padre Hurtado"**. Lo cogí con desconfianza por el tema, seguro de que el autor rendía tributo cuasi obligatorio a alguna necesidad política o doctrinaria. Debo declarar que en los días de Pascua al Año Nuevo tenía una buena dosis de ocupaciones que coronar. Cuando tomé en mis manos el libro de Magnet, muy a la descuidada, ya no tuve paz. Me absorbió el relato: no así el personaje, en lo que disentimos amablemente después con el autor.

La razón es muy sencilla. Yo encuentro que el Padre Hurtado Cruchaga, el héroe del libro de Magnet, es más un símbolo que un personaje, y que si bien sus actos irradian generosidad y abnegación, no habrían destacado tanto si no concurren dos circunstancias adicionales: la especial condición del catolicismo chileno y el estilo apasionado, aunque lo disimule, de su reanimador de hoy.

El caso del Padre Hurtado no es común en la Iglesia sudamericana, en lo general formada por elementos más modestos de origen y miras. La Iglesia chilena se diferencia de otras del continente en que está constituida por gran número de apellidos de primera fila social. En otros términos el católico chileno, cualquiera que sea su extracción familiar, lleva su creencia y vocación a cualquier extremo, inclusive demostrar que los siente de veras y que está dispuesto a consagrar a ello su vida entera. Desde luego, la dedicación a cumplir los votos eclesiásticos, por personas que tienen todo dispuesto para gozar materialmente, halla inesperadas válvulas de escape, y se apareja con un total vol-

camiento a la acción misionaria y de ayuda al pueblo. Más que beatitud, hay en ellos espíritu de servicio; antes que monjes, hermanos de caridad y como esto último acerca al pueblo, de ahí que sea tan fácil el tránsito de la doctrina a la obra de **propaganda fide** y, por tanto, aplicación efectiva de ciertos principios de la iglesia militante.

Magnet nos refiere minuciosamente la juventud abnegada del futuro Padre Hurtado. Su educación religiosa. Sus amigos de todo jaez. La influencia que sobre él ejerce el combativo Padre Vives, cuyos juicios acerca del partido conservador chileno han despertado protestas. Finalmente la decisión de ser sacerdote; el pronunciamiento de los votos; la educación en Bélgica. Y de Bélgica, ya formado en una actitud generosa y decidida de catolicismo actuante, Hurtado regresa, maduro y tenso, a Chile, cuya sociedad apenas reconoce.

No obstante la explicitéz con que Magnet señala algunos episodios de la lucha sostenida por el P. Hurtado en el seno de su propia colectividad, se adivina que, lejos de subrayar las discrepancias, ha tratado de atenuarlas en aras a la fe de que él mismo es actor, soldado y expositor. En Chile, como en todas partes, el partido conservador se ufana de representar lo más auténtico de la tradición católica. Es curioso como en nuestros países, no obstante de que la inmensa mayoría es católica, y por tanto hay fieles del catolicismo en todos los partidos, un sector, el más arraigado a usos antiguos y más apegado a aquello de que el orden es lo fundamental (aunque la justicia pudiera tener preeminencia sobre el orden, o, más bien, un orden injusto sería la negación del verdadero orden cuya única base y mira tiene que ser la justicia), digo, un sector político levantaba la bandera de la fe religiosa como depositario único de un patrimonio perteneciente a todos los que lo recibieron y no han renunciado a él: la fe católica. A menudo esta posición se confundía con el disfrute de determinados privilegios, dándose el caso (muy siglo XIX, pero no por eso desdeñable, como está de moda decirlo), de que se juntasen en una sola cábala, escuela, partido, agrupación, sociedad o bandería el poder económico (especialmente sobre la tierra), el supuesto monopolio de un credo religioso y la inmovilidad en las leyes y usos políticos y sociales. En ciertos países de arraigado pasado colonial, la síntesis fué muy clara: hacienda, España, Igle-

(*) Artículo enviado por el conocido escritor y político peruano Luis Alberto Sánchez desde Puerto Rico.

sia, poder. Era un blanco fácil para disparar de lejos sin necesidad de telemira.

El Padre Hurtado venía imbuído de principios más modernos; estaba más dispuesto a ser un peón; participaba de la inquietud de la Iglesia belga, y deseaba que su misión fuese fehacientemente de redención y mejoría de los pobres. Discrepaba del egoísmo de clase, no temía las innovaciones, creía que se debía servir. La discrepancia sobre el uso de la fe y de la caridad, sobre la proyección de la esperanza produjo molestias al joven sacerdote, a cuyo amparo crecieron nuevas inquietudes, ninguna heterodoxa, en cuanto a los dogmas y principios, pero, sí, en cuanto a los procedimientos. En suma, en cierto modo conectado (aunque no dependiente) del apostolado del P. Hurtado surgió el movimiento socialcristiano en el seno del clásico conservantismo chileno, y una de sus expresiones más dinámicas y respetables: la Falange Nacional, cuyo error de nombre no acabaremos de lamentar nunca, por los equívocos que suscita.

Nada de esto ocurrió sin desgarraduras. Magnet

las relata con alguna pasión, muy legítima por lo demás, puesto que se trata de su personaje, de su credo, de su partido, de su actitud ante la vida. De ahí que algunos recalcitrantes consideren el libro solo desde su ángulo de alusión política. Para el lector alejado de los intereses y motivaciones en disputa, el libro es un cuadro vivo de la sociedad chilena de fines del siglo XIX y comienzos del XX. El autor, un novelista contenido, a quien la historia deberá este y otros servicios. El libro, un acicate y un descanso. Su oportunidad, incontestable, dados los vientos que corren por el mundo entero.

He leído en un comentario de prensa que Magnet había publicado una novela antes de "Nuestros vecinos justicialistas". Me parece evidente que publicará otras biografías después de la de "El Padre Hurtado". Temperamento político, perteneciente al nuevo movimiento católico, escritor de pulcro y ameno estilo, esperemos de él cada vez mayores empresas y en todo caso sinceras y armoniosas páginas.

Este

MUNDO

de hoy



SOCIALISMO, LIBERTAD Y PROPAGANDA

Una movida discusión en el Senado sobre el conflicto socialismo-capitalismo! Ella surgió inopinadamente de un discurso del senador socialista popular señor Aniceto Rodríguez. No estaba él para teorizar demasiado. Por el contrario, sólo se trataba de defender a su partido de la acusación de "golpismo" que se difundía peligrosamente en la prensa. Mas, el señor Rodríguez cayó en su propia trampa. Junto a un abstracto (¡esta palabra es muy decisiva cuando habla un hombre que se inspira en el marxismo!), rechazo de la libertad en general, había sido llevado a sostener la tesis de la "dictadura del proletariado". Esto es: el señor R. intentaba mostrar que carecía de valor la unidad de todos los partidos contra el peligro de dictadura ibañista y que, en cambio, es del todo necesaria que, en un momento dado, el pueblo tome el poder y, con el fin de asegurar su dominio sobre las clases reaccionarias, implante la dictadura.

¡He aquí resumida la famosa tesis marxista para la época de transición! Eso es en suma lo que, en la jerga de la ideología, se llama "dictadura del proletariado".

Ahora bien, es probable que, en su afán por declararse discípulo de Marx, el señor R. olvidase que

se colocaba exactamente en el plano del revolucionario que usará la fuerza para conquistar el poder y para mantenerse. Su propia lógica, pues, lo conducía a hermanarse de modo un tanto significativo con aquellos a quienes se llama "golpistas".

¿Tenía necesidad de más la derecha? De inmediato, saltaron sus sabuesos contra el no muy advertido senador socialista. Los señores Moore, Pereira, Marín tomaron la ofensiva. Ellos no estaban allí para sutilezas ni distinciones. A su juicio, el señor R. hablaba de dictadura. Su marxismo se identificaba con la tiranía. ¿Cuándo ha dicho Marx otra cosa que eso?

Las cosas no iban bien para el socialismo chileno... Mas, llegaron refuerzos. Los señores González y Allende comenzaron a recuperar ventajas. El primero hizo un esfuerzo que no verifica por primera vez, a fin de mostrar el lado humanista del socialismo. Sería interesente reproducir aquí sus pasajes y compararlos con los de su colega de partido. ¡Una cara bien distinta por supuesto! Se diría, por una parte, el bolcheviquismo y, por la otra, el menchevismo, Plejanov y Lenin, Marx el humanista y Marx el revolucionario. En suma, y sin necesidad de disminuir a nadie: la tragedia de todo pensamiento que se apoya, para sus conceptos políticos en el marxismo, y que resbala indefectiblemente

de la dulzura a la violencia, de la civilización a la barbarie, de la ciencia a la brutalidad, de la democracia al partido privilegiado que ahoga a todo el mundo, bajo pretexto de que defiende a las "mayorías nacionales".

Entretanto, los derechistas coreaban: Ud., sí señor González, pero el señor Rodríguez, no.

Mas, el debate avanzaba. Muy pronto, de la política criolla y del problema de la libertad se pasó, a instancias del liberal Marín, hacia el problema capitalista. Y este terrible hombre dé las cifras y de los hechos, que parece sentir un desprecio tremendo por esa decadente ocupación que se llama filosofía, enrostraba a sus adversarios dos números: en Estados Unidos, 1.430 dólares por cabeza; en Rusia, 308. ¿Todavía tenéis dudas?

Los filósofos, sin embargo, no se dejaban apabullar. Intentaron rebatir algo. En efecto, ¿cómo comparar así no más ambas situaciones? ¿No hay acaso factores históricos distintos? ¿No es hoy por hoy la Unión Soviética un Estado poderoso y no lo debe a su economía colectivista? Aun, en ese terreno, se avanzó más de lo prudente. El señor Allende dejó entrever su entusiasmo por el régimen soviético: allí no hay clases, allí no hay crisis, allí los armamentos obligados para la defensa quitan posibilidades de alimentación, etc. ¿Dictadura? ¿Tiranía? De estas cosas rudas no hablaba el señor Allende.

Mas, del lado derechista, la cosa iba mucho peor. Ya el socialismo estaba a flote. Naufragaba, en cambio, el liberalismo sostenido únicamente en las frases de plomo del señor Marín: ¡Hechos y no filosofía! ¡Hay dos regímenes: socialismo y capitalismo, Rusia y Estados Unidos! ¡Es necesario elegir! ¡En una parte, el asalariado es esclavo, en la otra puede llegar a ser millonario! ¿Para qué discutir cosas tan sencillas?

El Presidente ha levantado la sesión.

A PROPOSITO DE CORRESPONSAL EN WASHINGTON

¡He aquí un libro que dará lugar a un sin fin de controversias! ¿No es ese quizás el objetivo mismo que ha guiado a Jean Davidson al escribirlo? Sea como sea, nadie dejará de leerlo sin tratar, al mismo tiempo, de hallar su significado. Es poco corriente que un reportero norteamericano, o de cualquier otra nacionalidad, sea al mismo tiempo un político con visión de los problemas internacionales. También es extraño y curioso el hecho de que dicho corresponsal aparezca convertido en un crítico, sumamente incisivo, de todo ese ambiente que

él, durante años, hubo de servir como si no le revolviere la bilis cada cinco minutos.

Dicho lo anterior, ¿hace falta mucho ingenio para agregar que las controversias sobre el sentido de la obra podrán ser resumidas en una pregunta: ¿Davidson trabaja para la libertad o para la Unión Soviética?

Por lo que a nosotros toca, creemos discernir fácilmente las siguientes posiciones:

Para unos, Davidson es un pro comunista apenas disfrazado.

Para otros, es un ingenuo desorientado.

Para los terceros, es un imperialista como tantos otros.

Para los últimos, es un observador objetivo y un hombre con un humanismo conmovedor y bien puesto.

¿Cuál será la verdad? Digamos en estas rápidas notas sólo unas cuantas frases.

El autor de "Corresponsal en Washington" no parece en absoluto un hombre al servicio de los intereses del sovietismo. Ello, sin perjuicio, de que sea un encarnizado adversario de la política, de los hombres y de los ideales que rigen los objetivos del Gobierno norteamericano, sea republicano o demócrata. Davidson es un trabajador sincero por la paz y el progreso social. Es también un hombre que supo penetrar a fondo muchos vicios del mundo occidental, para los cuales los círculos oficiales cultivan como por deber moral, una ceguera inaudita. En este sentido, algunas de sus anécdotas valen por número infinito de discursos oficiales.

Descartemos pues la tesis del "pro comunismo". Y también la del pro imperialismo. ¿Podríamos decir que sus puntos de vista y, sobre todo, que su obra ayudarán en la lucha por un mundo democrático y progresista? Nosotros pensamos que así debía ser... siempre que se tengan en cuenta algunos aspectos respecto de los cuales la cosa no parece tan fácil.

En una palabra: Davidson, a nuestro juicio, es un demócrata de izquierda que, sin ser pro ruso, suele plantear las cosas exactamente en el terreno que a los soviéticos interesa. No siempre, a nuestro juicio, su línea política parece clara y capaz de orientar a los lectores. En efecto, anotemos algunos hechos en que esa tendencia se advierte sin mayores dificultades.

...Davidson está convencido de que los altos círculos norteamericanos se hallan dominados por la idea de la guerra.

...Esta tesis le hace recelar vigorosamente de cualquier política que se apoye en la necesidad de la firmeza con la URSS o sus aliados.

...Eso mismo lo lleva a creer que la culpa de las situaciones difíciles debe siempre atribuirse a los políticos de su país y no a los gobernantes comunistas. Ejemplos de ello: la guerra de Corea fué consecuencia del hecho de que Estados Unidos no reconoció a tiempo al Gobierno de Mao. Tal afirmación se hace a pesar de que Davidson cuenta justamente que el ataque norcoreano debe atribuirse a que los rusos supieron, a través de una declaración del Secretario de Estado Acheson, que Corea no formaba parte de las preocupaciones vitales de Estados Unidos. En vez de culpar en primer término, al agresor, nuestro periodista se vuelve contra Truman. Otro ejemplo: la política de amistad hacia Rusia es imposible exclusivamente por la incapacidad de Estados Unidos de llevarla a cabo; las actitudes del Gobierno soviético no aparecen jamás cómo obstáculo serio para la paz.

...Debido a las mismas causas, Davidson habla constantemente de la guerra preventiva, que propiciarían los más altos círculos de su patria, del macarthismo, de la posibilidad de un fascismo en Estados Unidos, etc.

No creemos cosa difícil advertir, desde hace ya mucho tiempo, que tales cosas eran más bien exageración de origen soviético. Los hechos han demostrado que tales peligros tenían mucho menos importancia de la que se les atribuía en algunas partes.

...Es curioso también que Davidson, a pesar de censurar a los soviéticos, por su incapacidad para comprender la situación, los libre de cierta clase de críticas fundadas. Así, por ejemplo, en una oportunidad dice con ironía: "En West Point se enseñan buenas maneras, siendo que para concebir las prisiones mussolinianas, los campos de concentración hitleristas, la carnicería franquista, las ejecuciones sumarias de Tchang Kay Shek, de Singman Rhee o de Tam, se necesitan hombres duros y brutales". En efecto, pero ¿la dictadura soviética no es acaso, con mayor derecho, algo que los alumnos de West Point deben también entender? ¿Por qué la silencio?

...Los periodistas y los hombres de Estado anti soviéticos no aparecen jamás bien en este libro. En cambio, se nombran a varios comunistas, o simpatizantes que descuellan a gran altura moral. Uno de ellos dice: "Voy a decirles lo que soy. En China, sí, soy comunista, porque el comunismo representa la única posibilidad decente de sobrevivir para millones de desdichados. En América, soy demócrata liberal —si es que existen de esta especie desde la muerte de Roosevelt; en Inglaterra, soy bevanista,

partidario de un acuerdo con la URSS y de una solución pacífica en Asia".

Pues bien, esto se dice ante el Secretario de Prensa del Departamento de Estado y en las oficinas de éste. El periodista es valiente, sin duda, pero acaso un poco menos de lo que Davidson cree; de todos modos, sus doctrinas no son las más adecuadas para definir las como democráticas y claras.

¿Es todo esto demasiado pro comunismo? ¿O se trata sólo de un hombre que, por amor a sus propias ideas democráticas, a su país, a sus valores, exagera inconscientemente la nota pesimista, dando así la impresión de que es demasiado tolerante para el enemigo?

De hecho, la tesis política del autor no está exactamente fundada. Su error consiste, a nuestro juicio, en dejarse llevar un poco por los planteamientos soviéticos y prescindir de la naturaleza política del hecho comunista al adoptar una perspectiva de paz mundial. Si los hechos, los hombres, las ideas, las tendencias de los círculos dominantes en Washington fuesen exactamente lo que el periodista pinta, no habría sido posible conservar la paz y realizar una serie de avances... a pesar de cierta obstinada política agresiva de los países soviéticos.

EL MARISCAL TITO Y LOS SOVIETISTAS

Es probable que el anuncio de una visita en pleno del Gobierno soviético al Mariscal Tito sea de aquellas que debieran provocar más de un sobresalto en la conciencia de los militantes del Partido Comunista. Ellos, en efecto, bajo el imperio del stalinismo, estaban acostumbrados a considerar al Mariscal Tito y su Gobierno como el más ejemplar y vergonzoso caso de traición proporcionado por la historia del socialismo. Esto se tradujo en muchas y diferentes formas:

Una de ellas fué la resolución del Kominform en que se colocó al Partido Comunista yugoeslavo "fuera de la familia de los partidos comunistas hermanos". Esta resolución no era débil ni vacilante. Ella atacó al titismo por numerosos flancos: todos ellos se reducían a decir que se había apartado de la doctrina marxista leninista, tanto en lo político, como en lo económico y en lo ideológico.

En seguida, vinieron los folletos y libros de militantes comunistas, que, como los franceses Dominique Desantie y Renaud de Jouvenel descubrieron un poco a posteriori enormes vicios del sistema yugoeslavo y de sus jefes, de los cuales no se habían apercebido en el momento oportuno.

Hubo asimismo una larga serie de artículos en periódicos y revistas. Citamos aquí una frase del

conocido militante francés Pierre Hervé: "Estos elementos (los sectores más reaccionarios de los medios capitalistas dirigentes) han emprendido la tarea de utilizar sistemáticamente contra los partidos comunistas y las organizaciones obreras y democráticas los métodos de espionaje y de provocación que les han resultado magníficamente en Yugoslavia" (La Nouvelle Critique, marzo de 1953, Nº 44). Abandonemos por innecesarias otras citas igualmente significativas.

También se presenció una escalofriante y sincronizada serie de juicios criminales en que, a la usanza stalinista, los más representativos hombres del fogueado Partido Comunista, aparecieron presentándose a sí mismos como instrumentos del imperialismo internacional, agentes secretos, espías desvergonzados, etc., todo ello, siempre y fatalmente, por la vía de las conexiones titistas.

Tal concepto del régimen yugoeslavo se tradujo, como se comprende, en hechos políticos concretos. El Kominform y los países a él adheridos dejaron de mantener relaciones con Yugoslavia. Esta apareció sólo como la cloaca de los traidores, agentes y títeres del yanquismo y de las Embajadas occidentales, cuyas órdenes servían fielmente y con tanta mayor lealtad cuanto más grande era su propia corrupción moral.

He aquí, sin embargo, que ocurre en Rusia un hecho nuevo: muere Stalin. Malenkov altera un tanto la fachada, y acaso el fondo, de la política soviética. Comienzan con lentitud una serie de contactos. El monstruo Tito desaparece y es reemplazado por un gobernante acerca de cuyas enormida-

des viciosas no es el caso de hablar. Ni revistas, ni diarios, ni folletos ni libros se escriben para maldecirlo. Nada de eso. Más bien, un silencio completo. De pronto, se anuncia esta solemne y aparatosa visita que rompe todas las normas establecidas. El Gobierno soviético entero o casi entero, no teme ir a Canossa. El Primer Ministro y el Secretario General del Partido Comunista van a estrechar la mano del criminal aborrecido que los ha engañado a ellos y a los obreros del mundo, trabajando con obediencia servil en favor de los mayores enemigos del proletariado, sin temor de ensuciarse las manos en los crímenes más increíbles!

Todo esto pasa entre sonrisas diplomáticas. ¿Qué ha sucedido? ¿Cambió el régimen yugoeslavo? ¿Fueron desplazados los tiranos titistas? ¿Se produjeron cambios en las bases sociales del sistema o en la moral interna del Partido dirigente? Sabemos bien que nada de eso ha sucedido. Quien cambia es la URSS, la cual no está ya gobernada por los mismos hombres.

Mas, ¿qué pasa entretanto en la conciencia de los esclarecidos, arrogantes y fríos hombres del soviétismo? ¿Cómo justifican sus libros, sus artículos, sus juicios violentos, sus ataques llenos de moralidad, sus injurias al "traidor", su sistemática propaganda contra el titismo?

¿Responderá algún periódico de inspiración soviética estos interrogantes simples? ¿Habrá un redactor que sostenga hoy sin ambages la misma opinión de antes sobre los hombres y el régimen yugoeslavo? Mas bien, creemos que ellos mantendrán sus labios sellados.



Los LIBROS

EL PROBLEMA COMUNISTA, por Jaime Castillo Velasco. Ed. Del Pacífico 1955.



Lenin sostuvo en una oportunidad, con bastante razón, que eran los intelectuales y políticos burgueses los que más habían contribuido a la propagación del comunismo entre las masas. Al decir tal cosa Lenin pensaba, con toda seguridad, en dos tipos de posiciones frente al comunismo: la de los caporales de la burguesía y el zarismo de su época que, al atacar a los comunistas, atacaban el movimiento obrero y campesino y el sentido mismo de la historia, y la de los elementos snobs, pequeño burgueses, resentidos sociales que aplaudían la política comunista sin desear ni vislumbrar siquiera las sombrías consecuencias de su triunfo.

El problema al respecto era y es casi pueril. Los representantes de la derecha, los mercenarios de la pluma, producen repugnancia en los medios populares. Todo el contenido del anticomunismo que encarnan, se reduce a un solo propósito: aplastar a la clase obrera, destruir sus organizaciones, sembrar el terror y la confusión en el pueblo. Cuando al mismo tiempo que al comunismo se condenan las huelgas, la crítica al capitalismo, la lucha por mejores niveles de vida y todo pensamiento que conduzca a la transformación social del régimen, entonces el obrero identifica su causa, la causa de su hogar, de sus hijos, de su bienestar con la causa del comunismo. ¿No hemos leído todos hace poco que un pequeño latifundista que sufre de ciertos desbordes político-literarios al enumerar, en un informe, célebre por su carencia de ideas, las organizaciones procomunistas de nuestro país, entre las más desconocidas y sin importancia nombraba a la CUT? Para ese señor la CUT, que agrupa a más de medio millón de obreros y empleados, que cuenta en su seno con poderosas corrientes de inspiración cristiana, que reúne anarquistas, católicos, socialistas de todas las fracciones, radicales, comunistas, etc., no merece otro lugar en su ridículo folleto que un modesto segundo plano en una larga lista de las más peregrinas asociaciones.

Esa gentes son las que empujan a los pobres al comunismo, ellos son los sepultureros de la demo-

cracia y de todas las libertades. Movidos por la cobardía, el egoísmo, la dureza de corazón, la carencia de un pensamiento y de una política verdaderamente constructiva y creadora están potencialmente dispuestos a apoyar toda legislación represiva, toda aventura, por más descabellada que sea, para desembocar en un régimen de fuerza que confunda el comunismo con el movimiento popular y aniquile al segundo para librarse del primero. De esta derecha ciega y prepotente al fascismo en armas hay una distancia muchísimo menor que lo que la opinión común se imagina.

No menos convictos de incapacidad moral y humana para vivir su época son aquellos que, sin ser comunistas, están dispuestos a secundar la política comunista, de servirla indirectamente. No hablemos aquí del agente comunista, personaje sui generis, profundamente corrompido y encanallado sino del que, por oportunismo, ignorancia u otro motivo (a los seres humanos lo único que les sobra son los motivos) se ponen a hacer el poco envidiable papel de yanacostas del comunismo. En nuestro tiempo ellos son o forman una casta muy curiosa. Los hay en, prácticamente, todos los partidos populares o de tendencia popular. Viven siempre copados psicológica y políticamente por la estrategia comunista. No hay en ellos nada de original o de positivo en el seno de sus colectividades o asociaciones (Todo partido o grupo cuenta con una reacción en su seno). Se limitan a copiar servilmente el pensamiento y las tácticas comunistas, a desvaírlas un poco, a esgrimir las maquiavélicamente. Representan el desarme ideológico, la carencia de poder creador, el agotamiento moral, la decadencia en su peor sentido.

Cumplen fielmente lo expresado por Lenin: propagan el comunismo entre las masas populares, crean las condiciones más favorables para que los comunistas asalten el poder.

El libro de Jaime Castillo, **El problema Comunista**, significa desde el punto de vista del análisis recién expuesto, un acontecimiento ideológico y político en nuestro país. El destacado intelectual socialcristiano, colaborador permanente de la revista "Política y Espíritu", dirigente el mismo de primera magnitud de **El Partido Socialcristiano**, ha entregado una obra densa, vibrante, audaz, sobre el problema del comunismo. Ella no es sólo un puñado de argumentos, una sucesión de enfoques penran-

tes y ciertos en torno del marxismo y el soviétismo, sino una posición moral y política sostenida en la estructura de su propia vida.

Entre cristianos hay testimonios que deben ser aceptados. El cristianismo es un campo donde cabe tener fe en la palabra empeñada o dada como prueba de honor. Nosotros, que conocemos desde hace mucho a Jaime Castillo, que le hemos visto pensando y actuando, afirmamos, con certeza absoluta, que es un hombre digno del mayor respeto y aprecio por todos aquellos que aman la sinceridad humana, la rectitud moral, la lealtad con los principios.

La trayectoria de Castillo puede ser enjuiciada por cualquiera. En ella no hay sombras ni ambigüedades. Nunca ha sido abogado de grandes empresas o de intereses dudosos, no está ligado a ningún clan, de esos que han medrado en las bambalinas del poder, jamás ha tenido compromisos de ninguna especie con el comunismo. Por el contrario, hace ya tiempo que llega hasta él el rumor sordo y siniestro de las calumnias que en su contra dirigen los comunistas.

Apoya su obra en su vida. ¿Hay o puede haber mayor prueba de honestidad?

Ha habido toda una etapa del desarrollo político socialcristiano que pueden ser definido en una sola frase de corte imperativo: ir al pueblo.

Encastillados, en un principio, en la derecha, pero ya en desacuerdo con la inevitable lógica interna de sus planteamientos, recién separados, más tarde, del viejo partido Conservador o sumidos en la ardua tarea de comprender y valorar la otra mitad del país (la izquierda), un poco deslumbrados por el aire renovador y heroico de los partidos populares de la preguerra, dispuestos a hacer frente en la tribuna y en la calle a la amenaza fascista, la juventud socialcristiana vivió embriagada por esa experiencia nueva y vital: el contacto con las masas. La voz de orden entonces era destacar gente en los sindicatos, concurrir a los grandes mitines antifascistas, y sobre todo, golpear a la derecha en general y católica en particular, contraponiendo a su política sectaria, de clase contra clase, de patrones contra obreros, de capital contra trabajo, una política nacional, capaz de plantear una visión profundamente integradora de los intereses de grupos. Dicha política implicaba, como corolario lógico, el resuelto reconocimiento de los derechos sindicales y gremiales y del papel esencial del proletariado en la organización de una nueva sociedad. Fue, pues, una política nacional y popular, predominando, es cierto, casi excesivamente el primer aspecto sobre el segundo.

Agriada, sin embargo, cada vez más la querrela

entre socialcristianismo y derechistas, cercados los primeros por una abierta hostilidad de la prensa reaccionaria, de sectores influyentes del clero y de la oligarquía y sintiendo en el corazón y en la sangre la guerra contra el fascismo se vieron insensiblemente proyectados hacia la izquierda, en la forma de coincidencias frecuentes con los partidos que la integraban, incluso con el partido comunista incorporado en aquel entonces al bando democrático. Fue un período en que el elemento popular de la política socialcristiana, esencial en ella, predominó sobre el contenido nacional, la defensa del movimiento de los trabajadores por sus reivindicaciones, por mejorar sus niveles de vida fue la tónica permanente. La derecha lanzó sobre el partido socialcristiano todo el peso de su influencia y una ola de calumnias, de acusaciones violentas, de odio frenético se desencadenó con la única meta de ver aplastado el partido, desprestigiados sus dirigentes y confundidas sus bases.

Imprudencias de no pocos dirigentes socialcristianos, determinaciones políticas precipitadas y sobre todo la ingenuidad de sus líderes (de aquellos que encabezaban la corriente denominada popular) que carecían del bagaje crítico necesario frente al problema del comunismo y de la Unión Soviética y se forjaban ilusiones absurdas en torno a una posible reintegración de los comunistas a la vida democrática (justificada en parte por el clima de unidad popular y democrática durante la guerra), fueron utilizadas hábilmente por la derecha que las explotó sin escrúpulos de ninguna especie. Se valieron de errores formales para cubrir de oprobio una política que en su inspiración fundamental obedecía a la idea dominante, básica: ir al pueblo, conducir a los cristianos al cauce popular.

Esa etapa se cumplió. Hoy en día ningún dirigente socialcristiano podría sentirse desligado de la vocación histórica de su partido: llevar al proletariado más allá del marco ya roto de la civilización burguesa. (No nos referimos a la influencia real del partido socialcristiano, a su estructura sino, a su inspiración). Estimamos que es innecesario repetir aquí la historia de los últimos años por lo cual nos limitaremos a decir que ella ha probado definitivamente el totalitarismo del partido comunista, la debilidad congénita de la izquierda tradicional que ha sido y es juguete propicio de las tácticas comunistas y el aventurerismo impenitente de otros sectores populares que no vacilan en comprometerse con los elementos más repudiados de la vida nacional para tratar, torpemente de hacer una seudorrevolución apoyada en las bayonetas y en los apetitos voraces de la hez del prole-

tariado y de la clase media, aquel mismo estrato social que Harold Laskin, el eminente pensador político del laborismo inglés, señalara como la base humana del fascismo.

Los socialcristianos han visto ya lo suficiente. Al entusiasmo fecundo por cierto, de las primeras etapas, al maravilloso fuego de las primeras juventudes que, con certera visión, quemaron las naves y marcharon resueltamente hacia el pueblo, ha sucedido la necesidad orgánica de dar nacimiento a una estrategia política adecuada, en íntimo acuerdo con el pensamiento socialcristiano y con las condiciones concretas en que se plantea su acción.

Una estrategia destinada a educar a las masas para la democracia en medio de la traición de sus conductores, capaz de enfrentarse con el golpismo irresponsable y de ganar adeptos para la causa socialcristiana que debe combinar la pasión transformadora y liberadora de las masas con el sentido profundo del interés nacional desde el punto de vista social y político.

Sostener, a estas alturas, la consigna **ir al pueblo** pura y simplemente, representa el máximo del oportunismo y de la vaciedad política. Significa entregar, deliberadamente, el partido socialcristiano a las directivas de políticas ajenas a su ideología, a los vaivenes, flujos y reflujos, de las diversas posiciones del comunismo y a los caprichos de los grupos y políticos que viven a la sombra de las plataformas que levanta el partido comunista. En este punto no decimos que haya que volverle las espaldas al pueblo (esta aclaración es necesaria para cierta gente), sino que ir al pueblo con toda una estrategia de lucha y de conquista del poder, armados con la dureza inquebrantable del que vive integralmente su posición, la cree verdadera y piensa que ella es el porvenir. Cuando surja esa fe abrasadora, esa vivencia histórica y política, esa convicción de suficiencia, la suerte del partido y de la patria estará sellada.

Hay que desbordar a todos aquellos que viven, en los medios socialcristianos, a la defensiva. Los que andan siempre obsesionados con la idea de aparecer bien pensantes o a los que no tienen otra cosa que ofrecer que una mediocre y anémica parodia de políticas ajenas. La frustración, la timidez o la pequeña envergadura moral de muchos hace que suene a escándalo el reivindicar para el partido socialcristiano una antigua verdad: el objetivo de la acción política es la toma del poder, la conquista del mismo.

El libro de Jaime Casfallo refleja en sus páginas el proceso que hemos reseñado. Para realizar una política popular el poseer una visión clara del pro-

blema comunista, de su significación y de sus proyecciones es esencial. Castillo se ha colocado, con mucho talento, en un nivel intermedio entre la teoría y la práctica, al alcance del hombre medio y que no pide academismo sino guías concretas para la acción (principios). Dotado de una inteligencia de evidente estructura filosófica, o sea analítica, y después, constructiva, va destacando los diversos aspectos del comunismo. El lector, ubicado en cualquier bando, tiene que admitir que se encuentra ante un pensamiento orgánico, coherente que procediendo con probidad intelectual va a desentrañar el contenido profundo del comunismo como doctrina, como hecho histórico y como problema político para los que deben enfrentarse a su dinamismo.

De el conjunto de capítulos de la obra sobresalen, en nuestra opinión, dos. El capítulo III, **La tragedia del Marxismo: de Marx al totalitarismo** y el capítulo IX, **La mentalidad cristiana progresista**.

En el capítulo III, con envidiable dominio de la materia que trata, nos traza un cuadro del proceso que va desde la aparición del pensamiento de Marx hasta la encarnación histórica del mismo, realizada, desde el punto de vista humano, por sus "discípulos". Del texto se desprende la conclusión ineludible de que el marxismo lleva en su desarrollo interno el germen totalitario y que el leninismo es la forma histórica de dicho totalitarismo (llevada a su expresión máxima por el stalinismo). Trotzky, una vez más fué quien definió el problema: la organización manda sobre el Partido, el Comité Central sobre la organización y el dictador sobre el Comité Central (pág. 30). Lo dicho por Trotzky, proféticamente, se realizó históricamente. En su juicio está encerrada la mecánica totalitaria del comunismo.

El capítulo IX es admirable por la serenidad y claridad que revela, pero, a la vez, por la firmeza de su crítica. La mentalidad cristiana progresista, su presentación, la lucha contra ella y sus representantes es la prueba definitiva de que el socialcristianismo como ideología anticapitalista y antimarxista ha alcanzado, en su punto vital, su madurez.

¿Qué argumentos podrá esgrimir el catolicismo derechista contra el partido socialcristiano si es de sus filas, de sus intelectuales y de sus conductores de donde sale la crítica contra los denominados cristianos progresistas (procomunistas)? ¿Quién, que posea algo siquiera de buena fe, podrá dejar de sentir todo el peso de la infamia de las campañas destinadas a presentar el partido socialcristiano como entregado a la política comunista?

El servicio que Castillo le presta al socialcristianismo es inapreciable y revela la vitalidad de un

pensamiento que es capaz de afirmarse en sus propios principios para crecer.

Puede resumirse esta posición, la cristiana progresista, en las siguientes notas: ausencia de un pensamiento político creador y de todo sentido estratégico y el reconocimiento de que nuestra época es la época del marxismo.

A los cristianos no les cabe otra tarea que coadyudar la realización de tal empresa de liberación humana.

Aunque protesten su adhesión al socialcristianismo como solución viable a los problemas de nuestro tiempo, en el fondo tienen un negro escepticismo y no creen en nadie ni en nada que no juegue su porvenir al lado de los comunistas. En sus escritos se habla de política propia, de independencia, etc., pero nunca explican en qué consisten esas ponencias. No pueden hacerlo. La política de ellos es la política comunista.

Afirmado en una documentación profusa y bien seleccionada (hay citas verdaderamente felices) y en una familiaridad de años con el tema que trata Castillo se ha colocado de golpe a la cabeza de los teóricos socialcristianos de nuestro país. Su libro marca una ruta que ineludiblemente deberá ser seguida por el socialcristianismo chileno.

Vendredi.

LO QUE SUPO UN AUDITOR DE GUERRA, por Leonidas Bravo. Editorial Del Pacífico S. A. 1955.

Por estimarlo de interés, reproducimos aquí el prólogo de este libro, al que recientes acontecimientos confieren una palpitante actualidad.

El lector se encontrará en estas páginas con muchos nombres que le son bien conocidos: Ramón Vergara Montero, Marmaduke Grove, Arturo Merino Benítez, Jorge González von Marées, Ariosto Herrera, Abdón Parra y muchos otros. Son los que en nuestro país se han asignado el papel de conspiradores. En realidad han desempeñado sólo el de ayudantes.

Son ellos los que han rondado permanentemente los cuarteles tratando de socavar su disciplina; son los que se han embarcado en todas las aventuras para alcanzar el poder por las vías ilegales; ellos son los que llenan las páginas de todos los procesos contra el régimen institucional de la República.

* * *

Hay en el libro de Leonidas Bravo dos personajes centrales, que tal vez sin quererlo el autor, aparecen a través de todas sus páginas. De un lado el

Ejército: serio, profesional, disciplinado. Del otro, el Conspirador. El hombre que conspira por propia vocación o por constitución anímica. Conspira con los hombres de la Derecha lo mismo que con los de la Izquierda; con los oficiales se reúne para conspirar, y obra del mismo modo cuando se reúne con civiles. Conspira cuando está derrotado, y al alcanzar el triunfo también conspira. Es tanto su afán y su costumbre que aún en el poder continúa conspirando.

El conspirador siente que tiene una misión mesiánica. El está llamado a salvar el país y está dispuesto a hacerlo aun cuando el país no quiera ser salvado por él.

Es profundamente desconfiado y por lo mismo recela de quienes conspiraron con él, y por tanto conspira también en contra de ellos.

Para él hay un solo sujeto: él mismo; y un solo verbo; mandar. Quiere mandar en todo y el que se le oponga es traidor y antipatriota.

Desconoce el valor de la disciplina y en el fondo de su corazón desprecia a los que ganaron sus grados con constancia y sacrificio.

Teme ser engañado por quienes son más cultos o más hábiles que él y en consecuencia teme a la mayor parte de los hombres.

Desconoce absolutamente la organización de una democracia, y llegado al poder advierte con sorpresa que el país no puede gobernarse con el criterio del comandante de un regimiento o del dueño de un fundo. Así su gobierno no es más que una sucesión de amenazas de golpes de fuerza que terminan por no atemorizar a nadie.

* * *

El día 22 de febrero de 1955, un grupo de más de sesenta oficiales del Ejército se reunió a tomar el té con S. E. el Presidente de la República, en la casa de Dublé Almeyda N° 2840. De entre los convidados sólo unos diez o doce estaban informados acerca del verdadero objeto de la invitación; los demás pensaron que se trataba de una simple reunión social.

Esta en apariencia inocente reunión, en que además de tomar el té se conversó de algunas materias de actualidad, ha provocado entre otras cosas: en las filas del Ejército, el retiro de su Comandante en Jefe, General Enrique Franco y de la mayor parte de los generales que componían el Alto Mando; en el Parlamento, la protesta indignada de Senadores y Diputados de todos los partidos; en la opinión pública, un estado de grave inquietud; y por último, en el Gobierno, vacilantes explicaciones del Ministro de Defensa, Coronel en retiro Tobías

Barros Ortiz, desmentidas y rectificadas por la mayor parte de los generales afectados, en cartas que hasta ahora continúan publicándose en los diarios.

Lo que se trató ese día a la hora del té en la casa de la calle Dublé Almeyda ha sido conocido bastante después. Pasaron dos semanas antes de que el país supiera, con la sorpresa consiguiente, que en esa reunión el Presidente de la República, había invitado, sin conocimiento de los generales, a oficiales subalternos —desde alféreces a mayores— a exponer sus quejas en contra de sus superiores y a discutir sobre la capacidad e idoneidad de los jefes.

Entre los organizadores del té figuraron también algunos civiles cuyos nombres encontrará el lector varias veces en las páginas de este libro. Los señores Federico Giemza, Manlio Bustos y Octavio O'Kingston —el primero asistió a la reunión— convencieron al Presidente de la República de que en el Ejército existía un gran malestar en contra de los generales que formaban el Alto Mando. Este ambiente no era otro que el provocado por un pequeño grupo de coroneles y mayores que, habiendo sido primeramente eliminados por la Junta Calificadora anual, fueron después mantenidos en las filas por reconsideración graciosa de la misma Junta. Pero estos oficiales sabían que su situación no sería estable y se dedicaron con empeño a desprestigiar a los miembros de la Junta, que no son otros que los generales, haciendo correr la especie de que los propósitos de eliminación eran causados por la incondicional adhesión, de los presuntos eliminados, a la persona del Presidente de la República. Este, informado como hemos dicho, por elementos civiles, discurrió entonces invitar a los oficiales a quienes se suponía descontentos, para que, sin conocimiento y a espaldas de sus superiores, expusieran libremente sus críticas y el concepto que les merecían sus generales.

* * *

Los civiles saben, en general, poco acerca de las instituciones armadas y de lo que éstas representan en la vida de la República. Tienen un concepto más o menos vago sobre su función y apenas si reparan en una frase que ya se ha hecho rutinaria en los Mensajes con que el Presidente de la República da cuenta anualmente al Congreso de la marcha política y administrativa de la nación: "Las Fuerzas Armadas se encuentran entregadas a sus tareas profesionales y cooperan lealmente en la labor de gobierno".

Chile ha sido afortunado con sus fuerzas armadas, sobre todo si se piensa en el resto de las re-

públicas latinoamericanas. Aquí "cooperan lealmente en la labor de Gobierno"; en otras partes la ejercen, lealmente o de cualquier modo.

A pesar de que se conoce poco sobre la vida interna de las fuerzas armadas, en nuestro país se las estima y se las respeta. Se sabe que están sometidas a una estricta disciplina mantenida principalmente por el prestigio de jefes responsables que por sincera vocación les dedican sus vidas y sus silenciosos y diarios sacrificios.

Esta es la explicación de la alarma que producen en la opinión del país, hechos que, al quebrantar seriamente la disciplina en el Ejército, ponen en peligro la vida misma de la democracia.

* * *

Es necesario recordar estos hechos porque ellos en cierto sentido, constituyen la culminación de los relatados en el presente libro, a pesar que sería exagerado decir que en él sólo se encuentran historias de complots.

Las memorias de Leonidas Bravo son más bien la historia del país en los últimos veinticinco años mirada desde las filas del Ejército. En los diferentes cargos que le correspondió desempeñar en los tribunales militares pudo observar hacia adentro y hacia afuera de los cuarteles.

En este punto habría que hacer una advertencia. Los hechos que el autor relata son los que constan en procesos judiciales que tienen carácter público y que pueden ser consultados en los correspondientes archivos por quien quiera hacerlo. No cabe duda de que quien instruyó los sumarios o falló los procesos, conoció personalmente mucho más de lo que aquí cuenta, pero su recta conciencia del secreto profesional le ha impedido dar a conocer otros hechos que aquéllos que, en los respectivos infolios, aparecen acreditados.

* * *

El libro deja en último término una impresión de optimismo. Nuestra democracia es muy sólida y nuestras fuerzas armadas ya no se dejan tentar por aventuras. Ya el Ejército, la Marina y la Aviación, gracias al esfuerzo constante de hombres de extraordinario valer que les han entregado sus vidas, han llegado a constituir no ya una amenaza, sino los mejores sostenedores de esta fórmula de convivencia humana —por lo menos, agradable— que es la democracia.

Por último —el hombre busca siempre justificar su optimismo— sabemos que no hay mal que dure cien años. En Chile no duran diez. En el peor de los casos, no duran más que seis.

F. C. I.

CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Hágase socio de este Club, organizado por la Editorial Del Pacífico S. A., lo que le permitirá adquirir en forma rápida y en condiciones muy favorables los libros que publica esa empresa.

Los socios del CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO disfrutan, entre otras, de las siguientes ventajas:

Adquieren los libros a un precio especial, inferior al de venta al público.

Reciben los libros en el lugar que indiquen, sin recargo alguno por su envío.

Adquieren los libros de mayor categoría y calidad que se publican en Chile, sobre las materias más diversas.

Pida informes y antecedentes enviando el siguiente cupón:

Club de Lectores Del Pacífico (10) 105
Casilla 3126
SANTIAGO

Nombre

Dirección

Localidad

CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Alameda 57 — Casilla 3126 — Fono 53121

SANTIAGO DE CHILE

CORRESPONSAL EN WASHINGTON

por *Jean Davidson*

En este libro verdaderamente sensacional, *Jean Davidson*, corresponsal en Washington de *France Presse*, relata lo que, durante los diez años que siguieron al término de la segunda guerra mundial, no pudo cablegrafiar desde uno de los centros decisivos de la política interna

cional. Los entretelones de los hechos, los aspectos imprevisos de grandes personajes y acontecimientos oficiales desfilan por este libro bajo una luz implacable, animados por la pluma ágil y amena de un periodista de categoría \$ 400.

EL PROBLEMA COMUNISTA

por *Jaime Castillo*

En excelente ensayo en que el autor aborda los diversos aspectos del "problema comunista" con excepcional dominio de la materia y con criterio seguro. Un

libro que sirve para aclarar conceptos y orientar a un problema en que la pasión y los intereses contribuyen a crear la confusión. \$ 280.

ANTOLOGIA POETICA DE OSCAR CASTRO

por *Hernán Poblete* (2ª Edición)

Va nadie puede desconocer que *Oscar Castro* es uno de los más grandes poetas chilenos, junto a *Gabriela Mistral* y *Pablo Neruda*. Ello explica el creciente in-

terés por su obra y la excelente acogida que ha tenido esta selección de su obra poética, cuya segunda edición se presenta ahora al público \$ 300.

EL DOGMA EN LA LITURGIA

por *Fernando Cifuentes*

El autor, Doctor en Teología y Profesor de Religión en diversos liceos fiscales, presenta esta obra breve y sencilla, destinada a la instrucción religiosa de los

escolares. Un planteamiento moderno para dar a conocer el Dogma y la Moral católicas a través de la Liturgia \$ 100.

LA ORGANIZACION POLITICA DE CHILE

por *Alberto Edwards*

El notable historiador, autor de "La Fronda Aristocrática" hizo en esta obra un análisis certero y completo de la evolución política chilena desde que se inició la lucha por la Independencia en 1810 hasta que la naciente República,

tras poco más de dos decenios de luchas internas y anarquía, se consolidó como Nación con una organización política que durante un siglo fue única en América Latina \$ 300.

LO QUE SUPO UN AUDITOR DE GUERRA

por *Leonidas Bravo*

La historia de los complots y conspiraciones de los últimos veinte años, hecha por quien como funcionario de la Justicia Militar, de la que se retiró con

el rango de Auditor General, pudo conocer todos los antecedentes y entretelones de esos acontecimientos. Un libro de apasionante interés y actualidad \$ 360.

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

ALHUMADA 57 - TELEFONO 63121 - CASILLA 3126

SANTIAGO DE CHILE

PRINTED IN CHILE

EJEMPLAR \$ 30.—

Talleres Editorial Del Pacifico S. A.

19 DE JUNIO DE 1955